



SS

SERVICIO
SECRETO

A.ROLCEST

CRIMEN EN EL "SUBWAY"

A. ROLCEST

CRIMEN EN EL «SUBWAY»

1ª EDICIÓN
JULIO-1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

7 — La noche de Bright Garden. 22 — Misión en
Extremo Oriente. 57 — Un loco en la sombra. 60
La operación «Greif». 74 — Muerte en los ros-
tros.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2. Barcelona.

Reservados los derechos para la presente edición.

CRIMEN *en* el SUBWAY

**FOR
A. ROLCEST**



CAPÍTULO PRIMERO

TRES REPORTEROS EN ESCENA

En el instante en que Jesse Peyton se inclinaba un poco para aplastar con el pie el cigarrillo que acababa de írsele de las manos, a consecuencia de un empujón de la multitud hacinada en el departamento del Metro en que iba, un periódico doblado cayó sobre sus rodillas. Sólo en un caso tan especial como aquél, el repórter Jesse Peyton se había decidido a tocar con sus manos un ejemplar del hediondo «Amplifier News», del que no sentía ningún deseo de acordarse.

Pero ahora sabía perfectamente por qué lo cogía. Media hora antes habíase encontrado con John Devoe, a quien no había visto desde la desmovilización. Éste llevaba un ejemplar del «Amplifier News». La sorpresa de aquel feliz encuentro no impidió que Jesse se fijara en el periódico.

—¿Cómo llevas, esa porquería? ¿Es que aún sigues en aquel establo?

John Devoe parecía preocupado. Y aunque su contextura era marcadamente robusta, tenía ahora un aire de debilidad, de vencimiento, que Peyton captó enseguida.

—No... Ya no estoy en el periódico. Aquello pasó...

John Devoe miró receloso en torno. Se hallaban en un andén del «subway». La multitud los codeaba, apretujándoles.

—Quisiera hablarte, Jesse... Sé que éste es tu camino diario y hace casi una hora que te estoy aguardando...

En aquel momento el convoy se acercaba.

—Sube tú primero —indicó Devoe, repentinamente, nervioso—. Creo que me siguen...

—Pero...

—¡Por favor! Sepárate de mí... Subiré luego.

Jesse no quiso entretenerse más. En aquel momento, los coches del ferrocarril subterráneo se detenían. La multitud se apretó hasta lo inverosímil hacia los rectángulos que acababan de abrirse en los vagones. Peyton se dejó llevar por la corriente y al mismo tiempo fue empujando hasta conseguir ser de los primeros en entrar. Halló un asiento vacío y lo ocupó. Desde allí podría ver fácilmente el sitio en que se situaba John. Por unos instantes temió que su amigo cambiara de parecer y no subiera. En ese caso lo perdería de vista hasta sabe Dios cuándo. ¡El extremo caso John Devoe! ¿Qué había sido de él en aquellos últimos años? Aunque Jesse no solía mirar ni aun de través las páginas del «Amplifier», sabía que el nombre de John Devoe no figuraba en ellas. Y, no obstante, en tiempos de guerra fue uno de los mejores puntales de aquel periódico. Tanto o más que Peyton. Pero éste, al poco de la rendición del Japón, tuvo una agarrada con el director y propietario del «Amplifier» y los mandó al diablo. En el momento de arrancar el tren subterráneo, Jesse distinguió la corpulenta figura de su amigo sobresaliendo en la compacta masa que atiborraba, el pasillo.

Dejaron atrás dos estaciones. El bloque de gente avanzaba y retrocedía del coche, siguiendo la marea de los que entraban y salían. Y de pronto, un codazo hizo saltar de la mano izquierda de Jesse el cigarrillo que acababa de encender. Y al inclinarse para aplastarlo con el pie, el ejemplar del «Amplifier News» cayó sobre sus rodillas. Lo cogió con naturalidad. Más que ver, adivinó la figura de John avanzando hacia la puerta.

Con apariencia distraída, Jesse se puso a golpear las rodillas con el periódico, al, mismo tiempo que meditaba en qué momento se decidiría a abrirlo. No fue necesario. Junto a las gruesas letras de la titular, vio algo manuscrito. Era letra de John:

«Me aparearé en Central Park. Sígueme».

Faltaba todavía pasar una estación, por lo que Jesse decidió no moverse de su asiento. Sin tener una idea concreta del por qué lo hacía, plegó el periódico todo lo más que pudo y se lo guardó en el bolsillo interior del abrigo. Aquello aún no había calado en su conciencia. Ni le inquietaba ni le divertía. ¿Qué clase de

extravagancia estaba planeando John Devoe? Siempre había tenido originalidades, a veces bastante arriesgadas. En Normandía, recién comenzada la invasión de los aliados, cruzó las líneas, llegó a un puesto de mando de una división alemana, sacó una fotografía de la chabola y regresó. La cosa le salió bien porque la suerte parecía empeñada en estar de su parte. ¿Esto de ahora no sería otra de sus absurdas ocurrencias?

Jesse suponía ya lo que iba a suceder. Tan pronto llegase a la estación de Central Park, John proseguiría en la actitud de hombre espiado, zigzaguearía entre la gente, saldría a la calle, aceleraría su inalcanzable paso, para que Jesse marchase a la zaga echando el bofe, se metería en cualquier restaurante y entonces soltaría una estruendosa carcajada como punto final a la broma.

Una vez hubo el tren arrancado de la estación próxima a Central Park, Peyton se puso de pie. Y al ver a John cerca de la puerta de salida, se introdujo en la multitud, pero no avanzó mucho porque la masa que se agolpaba a la puerta iba también a descender. Fue así como al detenerse el ferrocarril subterráneo en la estación indicada, se establecieron unos segundos de diferencia entre el momento en que se apeó John Devoe y en el que lo hizo Jesse Peyton.

Y el primer síntoma de anormalidad que éste percibió, fue un movimiento convulso de la masa que, tenía delante, al dejar de avanzar, presionando de pronto hacia atrás, a los lados, luego otra vez de frente... Y enseguida un alarido, un rumor de frases entrecortadas, exclamaciones de terror. Y Jesse, sin saber cómo, se encontró, junto con otros, rodeando un cuerpo caído. Era John Devoe, con una mejilla pegada al pavimento, como si estuviese escuchando la proximidad de un tren. El sombrero volcado hacia arriba, unos palmos más allá de donde se encontraba su cabeza. Los brazos doblados, con las manos levantadas, tal como si alguien le conminara con un arma...

El primer impulso de Jesse fue lanzarse a socorrer a su amigo. Tenía la impresión de que le había dado un ataque, cuando oyó gritar:

—¡Lo han asesinado!

Y varias manos señalaron el pecho de John.

—¡Con una aguja!

Así parecía. Sobre el abrigo de John Devoe, en el lado izquierdo,

emergía una gruesa varilla metálica con una cabeza que semejaba una gruesa perla.

Y de nuevo Jesse, sin saber por qué lo hacía, fue retrocediendo, apartándose del primer término, perdiéndose en la multitud, e instantes después, cuando la policía acordonó el ancho círculo de gente, muchos de los que se apearon con John Devoe ya habían desaparecido.

Uno de éstos, era Jesse Peyton...

Así que pudo soltarse de los remolinos que se formaban en las bocas del «metro», Jesse Peyton aceleró el paso marchando por el borde de la ancha acera, sin saber si aquella fuerza que le empujaba a andar tan deprisa obedecía a algo premeditado o simplemente a una precaución instintiva. Lo que acababa de ocurrirle a su amigo le obligaba a enfocar la cuestión desde ángulos totalmente opuestos. Resultaba que no era una ocurrencia del estrambótico Devoe.

Mientras andaba, iba recordando las pocas palabras cruzadas con él. La estación en que se encontraron era, paso acostumbrado de Jesse, camino de su pensión. Aquel día salió del trabajo más tarde que de costumbre, aproximadamente el tiempo que dijo John que le estaba esperando. Luego, Devoe no ignoraba su norma de vida en los últimos tiempos, a pesar de que hacía seis años que no se habían visto, ni Jesse tuvo noticias de él. ¿Todo ese tiempo había vivido en Nueva York? ¿Y por qué, si tanto interés tenía en verle, no le visitó en la pensión?

Él mismo se rió de este pregunta. Lo primero que John le manifestó, fue su temor de que les vieran juntos. Y ahora notaba que precisamente por esa causa él se apartó del círculo de estupefactos espectadores formado en torno al cadáver de su amigo. Y era también por eso por lo que en este instante marchaba con paso acelerado, se internaba en los torrentes de gente, se desprendía de ellos, cruzaba las calles, y, de pronto, montó en el primer autobús que se le puso al alcance. Cuando éste arrancó, miró atrás, vigilando si alguien le seguía. Más, al parecer, sólo él y una joven rubia subieron en aquella parada.

Cerca del conductor halló un asiento desocupado. Al sentarse, percibió sobre su pecho una leve presión. Era el ejemplar del «Amplifier News», violentamente doblado en el coche del «metro». Lo sacó y comenzó a desplegarlo. Se quedó observando la letra

nerviosa de su amigo, trazada junto a la titular. Aquello que en un principio le pareció inocente chanza, se había trocado en algo siniestro. Acaso en el momento en que John escribió aquellas palabras tenía fijas en él las pupilas amenazadoras de sus asesinos.

Jesse estaba dispuesto a hacer lo imposible por aclarar aquel asunto. No lo abandonaría en tanto quedase un punto obscuro. Le sería fácil marchar casi a idéntico paso que la policía. Todas las comisarías de distrito le eran familiares y en algunas tenía muy buenos amigos.

Ahora encontraba acertado su impulso de apartarse del lugar del suceso. Permanecer en el andén sólo hubiera servido para trabar sus movimientos. Y sobre todo, la circunstancia de que Devoe estuviera esperándole para manifestarle confidencias que seguramente iban ligadas con lo que acababa de ocurrir, era algo que mantendría en secreto en tanto las pesquisas no empezasen a rendir fruto.

Mientras pensaba esto, iba abriendo el periódico, casi sin posar la vista en sus páginas. Y he aquí que de pronto, cuando ya había doblado determinada hoja, la volvió apresuradamente atrás. Acababa de ver un recuadro hecho con lápiz azul... Volvió a mirarlo. Abarcaba un cuarto de columna.

Como si mantener aquel texto a la vista del público fuese algo impropio, se precipitó a guardar de nuevo el periódico. Entonces, con aire distraído, miró a su alrededor. Y se encontró con que unos ojos azules le estaban observando, con evidentes muestras de terror. Eran los de la joven rubia que subió en el autobús al mismo tiempo que él.

Hallábase sentada a su izquierda, de frente. A cada instante se removía en su asiento, desasosegada, y a menudo fijaba sus pupilas en las de Jesse, ahincándose en las de él, como si pretendiera hacerle copartícipe de su zozobra.

No obstante la preocupación que atenazaba a Peyton, la extraña actitud de aquella joven desconocida comenzó a intrigarle. Aunque tal vez no se hubiese sentido tan interesado por ella de no haber notado enseguida que se trataba de una mujer verdaderamente hermosa.

Durante unos instantes, la joven sostuvo fija su mirada en la de él. Luego, y al tiempo que sus labios iniciaban una pálida sonrisa, se levantó, preparándose para apearse.

—¿Bajamos aquí?

Era ella quien aparentando un aire familiar se lo preguntaba. El periodista disimuló su asombro, secundando rápido la actitud de la desconocida.

—Sí, aquí mismo.

Estaban ya cerca de la parada. Peyton se levantó, cogió amigablemente de un brazo a la joven y se acercaron a la puerta del autobús en el mismo instante en que éste se detenía. Apeáronse. Otros varios individuos descendieron tras de la pareja.

Jesse, sin hablar, hizo que la desconocida le siguiera hasta la próxima calle. En la esquina se paró y miró atrás. Nadie parecía haber reparado en ellos. Al volverse hacia su acompañante, se encontró con que la joven parecía más alarmada aún que en el autobús.

—Y bien. ¿Qué le ocurre? —preguntó él.

Ella no vaciló al contestar:

—Lo mismo que a usted. He tenido la fatalidad de presenciar lo sucedido a su amigo.

Era la respuesta que menos podía suponer.

—¿Qué amigo?

—El que acaban de matar en el «subway». Peyton se disponía, a disimular, pero, ella añadió: —Cuando se saludaron, me hallaba a su lado. Oí lo que usted decía del «Amplifier». Trabajo yo en ese periódico.

—¡Ah! ¿Sí?

Para Jesse dejó de haber nada anormal en aquella entrevista. Volvió a coger a la joven de un brazo, pero ahora con verdadera naturalidad, y tras dirigir una rápida mirada al sitio en que se hallaban, echaron a andar calle adelante. Ante un bar que hacía chaflán y que enfrentaba con un pequeño parque, se detuvieron.

—¿Tiene inconveniente en que nos metamos aquí?

—Ninguno —contestó la joven.

Instantes después, se hallaban en un pequeño reservado. El local estaba casi vacío. Peyton había elegido un sitio desde el que le era fácil vigilar la puerta de entrada al establecimiento.

El periodista esperó a que el camarero les trajese la consumición pedida. Mientras, habló de cosas indiferentes. Una vez servidos, al quedar solos, Jesse, adoptando un gesto lleno de jovialidad, dijo:

—Perfectamente, gentil colega. El hecho de que usted trabaje en ese periódico tiene para mí un doble interés, en esas circunstancias. ¿Qué es lo que en realidad ha visto esta tarde?

La joven refirió sin titubeos el momento en que Jesse y John se encontraron. Hallábase al lado mismo de Devoe, y fue al oír la poca simpatía que Peyton le tenía, al periódico cuando empezó a prestar atención.

—¿Oyó también lo que mi amigo dijo?

—Me di cuenta de que miraba a su alrededor receloso y que de repente dejaban ustedes de hablar y se separaron...

—¿Subió usted al mismo vagón que nosotros?

—Sí. Y no quiero ocultarle que me chocó no verles juntos, después de haberse saludado con tanto afecto. Cuando llegamos a Central Park me apeé detrás de su amigo.

Jesse extendió una mano, en un movimiento de agradable sorpresa, y cogió de una muñeca a la joven.

—Eso es muy interesante. Enseguida se daría usted cuenta de la agresión.

—En el instante de apearme, alguien se interpuso entre su amigo y yo. Las apreturas eran demasiado bruscas para que un movimiento extraño pudiera ser advertido. Únicamente sé que de pronto mis pies tropezaron con alguien caído en el suelo y...

Se cubrió con las manos el rostro.

—¡Es horrible! —exclamó.

Peyton, lleno de impaciencia, iba a pedirle que siguiera hablando, pero se contuvo en espera de que la joven se tranquilizara.

—Mi primer impulso fue desaparecer de allí, temiendo verme complicada en aquel asunto —siguió la joven, tras unos momentos de silencio y sin necesidad de que el periodista se lo pidiera con palabras—. Me puse a andar, sin darme apenas cuenta por dónde iba. Y de pronto, vi que usted se situaba a mi lado, en la parada del autobús. Primero pensé que había estado siguiéndome. Luego, que huía, lo mismo que yo. Y así creo que es en realidad. A ambos nos ha impelido el estupor.

—Algo más que eso —replicó Jesse, de manera casi inconsciente.

—¿El miedo, acaso, de verse envuelto?

Y los hermosos ojos azules de la joven se quedaron fijos en los de él, invitándole a contestar. En aquel instante, las luces del local se encendieron. Había empezado a anochecer.

—¿Sabe usted quién es el muerto? —preguntó de pronto Peyton.

—Según deduje de las primeras palabras que ustedes cruzaron, era también periodista. Pero que yo recuerde, nunca le he visto por nuestro rotativo.

—¿Hace mucho que trabaja usted allí?

—Alrededor de seis meses.

Jesse entonces comenzó a preguntarle particularidades del cuerpo de redacción. Muchos de los nombres que sonaron eran nuevos para él.

—A todo esto, todavía no nos hemos presentado... Yo soy Jesse Peyton.

—¡Peyton! —exclamó ella.

—¿Le suena?

Ella soltó una limpia risa.

—En la redacción se le nombra como algo legendario que dejó una huella bien definida. «¿Sabéis lo que a esto contestó una vez Peyton?». «En cierta ocasión, Peyton entró en el despacho del director...». Y así a cada momento... ¡Vaya! ¿Conque es el ocurrente Jesse Peyton?

—¿Ocurrente? ¡Pobre de mí! Pero yo también deseo saber cómo se llama usted.

—Mi nombre no le dirá nada —sonrió ella—. Soy Mirtha Day...

—Está muy de acuerdo con su belleza. A propósito, ¿qué tal sigue el señor McPerry? ¿Continúa almacenando vinagre?

—Cada vez en mayor cantidad.

—¡Antipático viejo!

—No es insoportable del todo, pero hay que saberlo llevar.

Mirtha se interrumpió para soltar una esplendorosa risa.

—Tampoco han olvidado en el periódico la última entrevista que tuvo usted con el viejo. Dicen fue algo definitivo.

Se refería a la mañana en que Jesse entró en el despacho del director para anunciarle, con voz que todos los redactores pudieran oír, que ya se había hartado de su cara de palo y que podía irse al diablo con todos sus millones.

—Eso ha formado época —comentó la joven, riendo de nuevo. Y

de pronto, poniéndose en pie, llamó—: ¡Bob!

Alguien que acababa de entrar y se había sentado a la barra, al localizar a la joven, se acercó raudo.

—¡Hola, pequeña!

Mirtha se quedó mirando alternativamente a uno y otro hombre.

—¿Se conocen? Éste es Bob Welles, periodista gráfico. Trabajamos juntos... Y aquí... ¿A que no lo imaginas, Bob? ¡Éste es Jesse Peyton!

El recién llegado le tendió una enorme mano, apretándosela con extremada fuerza. Cuando Jesse se vio libre, tras acariciar los dedos, dijo sonriendo:

—¡Vamos! Su máquina fotográfica debe ser algo especial. Por lo menos, blindada con acero.

El otro soltó una carcajada, mostrando el maxilar superior lleno de muelas de oro. No fue invitado a que se sentara, porque Jesse mostró deseos de marcharse.

—Tendré necesidad de volver a verla, Mirtha. ¿Dónde puedo avisarla?

—A mi casa. También yo necesitaré verle, Peyton. No voy a gozar un momento de tranquilidad en tanto ese *asunto* no se resuelva.

Y miró significativamente a Jesse. Luego, volviéndose a Bob:

—¿Viniste en tu «faetón»?

El otro asintió.

—Llévame al periódico.

Inquietóse Jesse.

—No irá usted a adelantarse...

Temía que la periodista empezara a escribir sobre aquel asunto antes de que la policía facilitase la noticia.

—No se preocupe. Seré la última en referirme al caso, por la cuenta que me tiene.

—Salieron los tres juntos. Ya era de noche. Bob se dirigió al sitio en que tenía su «faetón». Era un «Dodge» de carrocería algo anticuada.

—Celebro mucho este encuentro, Mirtha... aunque lamento lo que lo ha motivado.

—Para mí también ha sido una satisfacción él conocerle.

Y apresuradamente, se metió en el coche, cuyo motor acababa

de ponerse en marcha.

—¡Oiga, Peyton! —llamó ella.

—¿Qué?

—No le he dicho *el* número de mi teléfono. No, no es menester que lo anote. Aquí tiene una tarjeta.

El periodista se inclinó en la abertura que dejaba la portezuela abierta. Y antes de que pudiera darse cuenta, fue empujado por detrás, e inmediatamente sintió en la nuca un formidable golpe. Y en el mismo segundo en que sus sentidos iban a apagarse, oyó una recia voz de hombre:

—En marcha, Bob.

Jesse cayó ovillado entre el respaldo del asiento delantero y el posterior.

Cerróse la portezuela y el «Dodge» arrancó.

CAPÍTULO II

FRENTE A LA ACTRIZ

El ruido que hizo la botella al chocar contra el vaso le despertó. Le reconoció enseguida, aun teniéndolo de espaldas. Era Bob, el periodista gráfico. A pesar de que su estado no era el más a propósito para chanzas, no pudo menos que sonreír al pensar en la profesión de aquel individuo. ¡Qué fácilmente había caído en la trampa! Jesse no quería disculparse diciendo que la farsa había estado muy bien interpretada, sino que reconocía haberse mostrado en extremo ingenuo. Siempre su sagacidad tuvo fallos al tropezarse con cualquier mujer bonita.

—¿Cómo va eso? —pregunto Bob, al verlo despierto.

Peyton se sentó en el borde de la cama, y apoyando los codos sobre las rodillas, puso la cabeza entre ambas manos. Así quedó, como dormido.

El periodista gráfico avanzó lentamente, hacia el camastro.

—¿Un trago de *whisky*?

Se notaba en su voz algo forzado, una amabilidad que no encajaba. Jesse siguió inmóvil, sin responder. Ahora la pregunta de Bob ya fue claramente hostil:

—Te he preguntado si quieres un trago.

Peyton levantó la cabeza y miró el vaso medio cubierto por la manaza de Bob. Sin contestar, alargó una mano, cogió el vaso y bebió. Por momentos, la neblina que parecía tener ante sus ojos, fue desvaneciéndose.

—Será inútil preguntarte dónde estoy —fueron las primeras palabras de Jesse.

—Preguntar es tu oficio de periodista. Y yo puedo ahora contestarte lo que me convenga.

—Ya lo sé. Ahórrate la respuesta.

—Nos hallamos a unas cincuenta millas de Nueva York. Datos bastante concretos, ¿no crees?

Jesse no dijo nada. Se sentía suficientemente repuesto, pero no quería demostrarlo. Con disimulo, observaba la habitación en que se hallaban. Tenía la estructura del desván de una pequeña casa de campo. ¿Quién más, aparte de Bob, habría en la casa? Quizá estuviese también la joven rubia, gozándose en su triunfo.

—Puesto que ya te encuentras bien para preguntar, lo mismo puedes estarlo para responder. ¿No es así?

—¡Tiene gracia! —exclamó Jesse—. ¿Responder a qué?

—Eso ya irás viéndolo...

En dos zancadas, Bob se situó ante una puerta, la abrió, y, avanzando un poco la cabeza, emitió un prolongado silbido. Luego, dejando la puerta entornada, se volvió a mirar a Peyton.

—Una manera de llamar como otra —dijo, sentándose junto a la mesita en que estaba la botella de *whisky*—. Tengo que participarte que esta conversación debes agradecérsela a alguien que no soy yo. Por mí no hubiésemos perdido tanto tiempo en cuquerías. Quiero decir que me hago pocas ilusiones con lo que tú nos puedas confesar ahora.

Se oyó cerca un rápido taconeó. Se abrió la puerta, y apareció Mirtha. Su rostro, ahora, sin la máscara de terror con que la conoció el periodista, parecía aun más joven y lleno de encanto. Jesse la miró con expresión irónica.

—Llegó la gran actriz —dijo, poniéndose de pie y haciéndole una cómica reverencia.

Mirtha no pareció darse cuenta de ello. Con la misma naturalidad que había entrado, se volvió a cerrar la puerta, y acercándose a una silla próxima a dónde estaba el periodista, se sentó.

—Siéntese usted también, Peyton.

—Muy amable.

—Abandone ese aire de burla y hágase a la idea de que se halla en una situación difícilísima, de la que solamente su sinceridad... Fíjese, Peyton, solamente su *sinceridad* le podrá salvar.

—El que yo sonría no quiere decir qué me burle de usted, señorita. Si de alguien hay que reírse es de mí solamente. ¿Conocía

usted ya el fondo ingenuo que residía en el atolondrado Peyton?

—Es que yo no he engañado a usted —manifestó ella, con gesto grave—. Le dije que era periodista, y es verdad. Que estaba aterrorizada por lo que había ocurrido, y también es cierto. Yo no quería que las cosas sucedieran así.

—Seguramente mi amigo tampoco —repuso Jesse, sarcástico, sin él proponérselo.

—Su amigo... Oiga, Peyton. Va la primera pregunta, que a nadie más que a usted interesa responder con sinceridad. ¿Desde cuándo no trataba usted a John Devoe?

—Desde el mismo día del armisticio con el Japón. El acorazado «Missouri» fue el último punto que nos hizo coincidir, hasta ayer tarde, en la estación del «metro».

—¿En todo ese tiempo nada ha sabido de él?

—En absoluto.

—Doy por buena su respuesta —manifestó Mirtha.

Bob, sentado junto a la mesa, removiése en su asiento ahogando un gruñido. La joven se volvió, rápida, para mirarle suavemente.

—De lo que le he dicho esta tarde en el bar —siguió la joven—, la única cosa que no es verdad es que yo me hallase cerca de ustedes en el andén. Hubiera sido imposible porque Devoe me conocía demasiado. Pero Bob y otros dos, hombres totalmente desconocidos se hallaban cerca de Devoe desde media hora antes de que usted llegase. Él recelaba que le seguían, pero no sabía quién. Esto le puso nervioso... Yo me hice ver de él cuando ya el ferrocarril había arrancado. En vano forcejeó por conseguir un espacio libre. Los que lo rodeaban lo tenían atenazado. Vimos como dejaba caer el periódico sobre usted e intentaba alcanzar la portezuela. Pero el anillo seguía rodeándole... Diga, Peyton, ¿no se le ha ocurrido la idea de que fuese Devoe mismo quién se matara?

Jesse se limitó a entornar los ojos, en un leve signo de incredulidad.

—En el momento de apearse —continuó ella, con voz súbitamente fosca—. John Devoe apoyó la aguja contra las portezuelas y dejó que el impulso de la multitud al salir hiciese lo que él quizá no tuvo valor. Porque su amigo, además de un malvado, era un cobarde.

El periodista, a pesar de que se hallaba preparado para todas las

sorpresas, no pudo reprimir un ademán de protesta. Se repuso enseguida.

—Conozco bien a John —se limitó a decir.

Pensaba en los innumerables peligros desafiados por Devoe, durante la guerra, simplemente por capricho. Ella pareció adivinarle.

—Olvide el período de la guerra, Peyton. Este Devoe ya no era aquél. Ayer se mató él mismo, convencido de que no podía escapar. Y le aguardaba la silla eléctrica.

La voz firme, pero velada, con temblor emocionado en los labios, un fulgor extraño en los ojos... «¡Magnífica actriz!», estuvo Jesse a punto de exclamar.

—Y como es de suponer, nada de cuánto he dicho creerá usted —agregó, sencillamente, Mirtha.

Bob se incorporó de un salto. Soltó una palmada sobre la mesa que hizo vacilar la botella y el vaso.

—Estamos perdiendo el tiempo. Todas esas explicaciones están de más.

—¡Cállate, Bob! —le advirtió ella, con energía.

—¡No me da la gana! ¡Estoy harto de aguantar órdenes de todos! ¡Y eso va a terminar ahora mismo! Voy a telefonarla Nitker. Son las únicas órdenes que obedeceré.

La joven también se había levantado. Y todo lo contrario que Bob, quien daba muestras de gran excitación, mostrábase serena y su mirada se volvió repentinamente fría.

—Las órdenes de Nitker es que me obedezcas hasta que el plazo finalice. Faltan aún más de cuarenta y ocho horas, Bob.

El otro se la quedó mirando, dispuesto a estallar. La fría tenacidad que traslucían Los ojos de Mirtha acabaron de desesperarle. Cerró sus manazas y comenzó a golpearse furiosamente el pecho.

—Pero si te dejo hacer, al final seré yo quien pagará la cuenta. Si me hubieras hecho, caso, Devoe estaría vivo en nuestro poder.

—No interesaba un escándalo entre tanta gente. La intervención de la policía hubiera cortado nuestros pasos antes de tiempo... Y tampoco podíamos suponer que Devoe fuera capaz de matarse.

—Hicieron ustedes bien —intervino Jesse, esta vez sin ironía—. Porque es seguro que Devoe *no* se ha matado. Ya ve que no vacilo

en anticiparme al dictamen del forense.

—En algo fundará usted esa afirmación —repuso Mirtha, sin alterarse—. Esa seguridad suya no concuerda con el desconocimiento que dice usted tener de las actividades de su amigo. ¿Con qué fin iban a entrevistarse ayer?

—Lo ignoro.

Bob, que había vuelto a sentarse, se removió en la silla y soltó un soplo.

—Usted, tan imaginativo, ¿no entrevisté la causa?

—Se mostró muy inquieto... pero mi primera impresión fue que se trataba de una broma. Luego vi que no.

—¿Verdad? —preguntó Bob, con sorna.

—¿Y qué me dice del periódico que Devoe le dio?

Fue la primera pregunta que afectó a Jesse. Y al instante, recordó el ejemplar del «Amplifier» que se guardó en un bolsillo del abrigo. El recuadro en lápiz azul en un determinado texto... El abrigo no lo llevaba encima. Tampoco se veía por ninguna parte de aquella estancia.

—Usted sabe para qué le esperaba su amigo. En el autobús buscó la página en que iba el aviso.

—El que yo hojeara el periódico, fue una cosa maquinal. Yo sí me hallaba aterrorizado por lo que acababa de ocurrir. Y lamento el impulso que me hizo apartar del lugar del suceso. Difícilmente hallaré nada con que justificarme a mí mismo...

—Su situación puede cambiar, a poco que usted lo desee —dijo Mirtha, procurando un tono persuasivo—. Se lo he manifestado al principio. Debe convencerse de que se encuentra en un trance difícil. Se hallan en juego fuerzas bien distintas, cuyo control no está en unas solas manos. Esto podría resultarle bastante desagradable... aun a pesar mío. ¿Me comprende, señor Peyton?

—Creo que sí —sonrió el periodista.

—Yo, en su lugar, diría, cuanto supiera acerca de su amigo. Las relaciones que durante estos últimos años ha mantenido con él. Lo que pensaba usted hacer, después de haber presenciado su muerte, y en el caso de que nosotros no hubiésemos conseguido cortarle el paso...

—Pues voy a satisfacer su deseo, señorita Day. ¿Es así como en realidad se llama? ¡Bah! Poco importa. El contacto que he tenido

con Devoe durante estos últimos años es absolutamente nulo. A partir del día histórico del «Missouri», no nos habíamos vuelto a encontrar. Es más, a partir de entonces su labor periodística ha sido para mí completamente ignorada. Algunas veces supuse que la contienda de Extremo Oriente lo había devorado. En cuanto a lo que pensaba hacer si ustedes no me hubiesen interceptado, es bien sencillo: dedicarme con todas mis posibilidades a aclarar ese asesinato.

Hubo un pequeño silencio. Mirtha acababa de encender un cigarrillo y parecía absorta en observar las evoluciones del humo.

—¿Cuáles hubieran sido sus primeros pasos? —preguntó ella, con lentitud y sin mirarle.

—Antes que nada, saber a qué se refería el texto subrayado.

—¿No lo conoce?

—Usted, que me espiaba en el autobús, sabe que apenas tuve tiempo de mirarlo.

—Podía ya conocerlo de antemano.

—Leer el «Amplifier» no entra en mis debilidades —replicó, con inusitado rencor, Jesse.

Mirtha volvió rápida el rostro hacia él y durante unos segundos pareció estar horadándole con la mirada. De pronto, hizo un ademán de impaciencia y se levantó. Dio unos cuantos pasos a lo largo de la reducida habitación. Unos pasos nerviosos, que traslucían claramente las contrapuestas reacciones que en la joven sé estaban produciendo.

—Señor Peyton, si la suerte lo dispone así, algún día comprenderá cuán desagradable me ha sido este asunto. Pero me es completamente imposible dejar de proceder contra usted. Por lo menos, de asegurarme durante las cuarenta y ocho horas que me quedan de llevar yo la iniciativa. Usted, tanto como el que más, debe permanecer deseando que yo no fracase en mi cometido. Eso sería muy lamentable para mí, para otros ausentes... y de rechazo para usted.

—¡Vaya! —No pudo reprimir Jesse.

—¿Qué le ocurre?

—Que casi estoy por felicitarme de que mi suerte esté tan unida a la suya.

—Le dije al principio que yo, en su lugar, abandonaría ese tono

de burla. No es el más a propósito.

Bob soltó una carcajada nerviosa.

—¡Aun te sucede poco! ¡Conmigo tenía que dar este tipo! ¿Quieres que te lo demuestre? ¿Quieres oírlo «cantar» de plano? No tienes más que coger la silla y ponerte en aquel otro lado. Vas a ver y oír cosa buena.

Bob, tremante de ira, ya había avanzado tres pasos cara a Jesse. Sus enormes manos permanecían cerradas, ansiosas, y al mismo tiempo, retardando el momento fructífero de magullar las facciones del periodista. Mirtha apenas si hizo un ademán por contenerle. Solamente su voz restalló, llena de dureza:

—¡Bob! Límitate a cumplir lo que te mande.

El mastodonte se paró y se volvió a mirar a la joven. Daba la impresión de que iba a rebelarse contra ella. Jesse, desde su sitio, sin haber hecho el más leve movimiento, parecía, observar la escena, divertido. Y, sin embargo, era el instante en que más seriamente reflexionaba. Esperó a que Bob quedara de lado, obsesionado en hallar la réplica contundente con que rechazar la orden de Mirtha. Entonces, como impulsado por potentes muelles, Jesse dio un salto y cayó con los puños cerrados sobre el cuerpo de su enemigo. Los dos primeros golpes carecieron de la fuerza necesaria para derribarle. Con esto ya contaba Jesse, pero tenía la absoluta confianza que tan pronto hubiese afirmado los pies estando de su parte la ventaja de llevar la iniciativa, por poco certeros que fuesen sus puñetazos podría muy bien resolver la situación a, su favor.

Pero nada de ello ocurrió. Diríase que Bob ya esperaba esta embestida. Apenas el periodista le hubo tocado, se inclinó, como si fuera a caer, y dio media vuelta rápida. Cuando Jesse se dispuso a golpear de nuevo, ya el otro le asaltaba de flanco. Peyton sintió un mazazo en la sien izquierda... Aun pudo alcanzar la mandíbula de su contrincante, quien lanzó un rugido de dolor y rabia. Pero fue lo último que consiguió. El golpe en la cabeza le había aturdido de tal manera, que durante unos segundos permaneció a la deriva, constituyendo una fácil presa para su poderoso enemigo. Hasta que uno de los puñetazos de Bob lo levantó unos palmos del suelo, lanzándolo hacía el rincón en que se hallaba el camastro. Allí quedó Jesse como un muñeco con los miembros rotos, cerrados los ojos y

las comisuras de la boca llenas de sangre.

Pronto dos hilillos tortuosos comenzaron a resbalar por la barbilla y a gotear sobre el pecho.

Entre Mirtha y Bob lo levantaron y lo echaron sobre el catre. La respiración de Jesse era muy lenta.

—Señor Peyton —murmuró la joven—. Se habrá podido convencer de que su broma sobraba.

Pero el periodista no parecía encontrarse en condiciones de replicar, y ni siquiera de oírla.

—Empapa una tela con agua, Bob.

Éste se apresuró a cumplir el mandato. En un rincón, sobre una caja de madera, había una jarra con agua. La cogió y durante unos momentos estuvo buscando algo adecuado con que hacer una compresa. Lo halló en una tela de colores que colgaba a modo de cortina sobre las maderas cerradas de una de las ventanas. De un tirón arrancó un pedazo, dejando en el aire una nube de polvo. Lo empapó de agua y acudió al camastro. Halló a Mirtha tratando de contener con un pañuelo la sangre que salía de la boca del periodista.

—¡Eres un salvaje, Bob! —reprochó la joven—. No había necesidad de pegar tan fuerte.

—Desde luego —contestó con un matiz de voz que sonaba a descarada burla—. Debí tener en cuenta que el tipo era de porcelana.

La mirada que le dirigió ella le hizo caer en la cuenta de que lo que acababa de decir era inoportuno. Preparó un *whisky*, que en vano acercaron a la boca del periodista. Por fin, Mirtha se separó de Jesse.

—No puedo permanecer aquí más tiempo. ¡Bob! Prométeme que te portarás bien.

—Pero ¿es que de veras me tengo que quedar aquí con él?

—Tan pronto me sea posible, te mandaré quien te substituya.

—Que se quede Worts —propuso Bob, con evidente malhumor.

—Worts se viene conmigo a la redacción. Quizá allí ya tengan noticia de lo ocurrido en el «metro» y debemos entrevistarnos con la policía. No creo que simpatice con el programa.

Desde luego, a Bob aquello todavía le gustaba menos. Se resignó a quedarse. Antes de salir, la joven se acercó al camastro y

permaneció unos momentos observando al periodista.

—No tardará en volver en sí —dijo—. Sé amable con él, Bob. Tal vez así consigamos algo. Si necesitas comunicar conmigo llama a la redacción. Allí dejaré aviso de dónde me encuentro.

Bob la acompañó hasta la planta baja, donde se hallaba Worts haciendo solitarios. Instantes después, éste, y Mirtha partían en el coche que aguardaba frente a la casa. Bob cerró la puerta por dentro y luego volvió a subir a la habitación donde dejara a Jesse.

Una vez en ella, se aproximó al camastro y dijo, con voz jovial:

—¡Eh, periodista! ¡Ya has dormido bastante! ¡Vamos!

Pero Peyton apenas si alteró la respiración. Bob, de un zarpazo, lo incorporó sentándolo al borde de la cama. Se inclinó para echárselo sobre un hombro. Lo consiguió fácilmente. Pero ocurrió algo no calculado. Cuando iba a levantarse con su carga, la pistola que llevaba en el bolsillo le resbaló, cayendo sobre la madera del piso. Para Bob aquello no tenía nada de particular, puesto que se había inclinado. Otra cosa hubiera sido de haber supuesto que una mano de Jesse, tan pronto se posó colgando en su espalda, se agarraba al faldón de la americana y lo levantaba de forma que el bolsillo que contenía la pistola quedase inclinado.

El mastodonte no se tomó la molestia de agacharse de nuevo para depositar con cuidado al herido sobre el camastro, sino que lo dejó caer. Pero en aquel instante advirtió que la inerte carga se desprendía de su hombro con fuerza propia. A pesar de ello, lo primero que hizo fue mirar hacia el sitio en que había quedado la pistola. No llegó a verla, porque en ese momento sobre su vientre y sobre su pecho se descargaron dos formidables golpes que le hicieron retroceder. Y como si estuviera pegada a él, la figura de Jesse le siguió. Un Jesse distinto al de antes, de mirar acerado. El magullado rostro contraído, no en una expresión de dolor, sino de fiera. Antes que Bob reaccionase ante la nueva situación, un fulminante izquierdazo del periodista le alcanzó en la mandíbula, al mismo tiempo que con el pie tiraba la pistola bajo el camastro.

Bob, a pesar del medio aturdimiento que los fuertes golpes y la sorpresa le habían producido, advirtió la maniobra de apartar el arma de un sitio donde fácilmente pudiera ser alcanzada. No lo comprendía. Sí alguna ventaja proporcionaba aquello, sería precisamente para Bob. El periodista pudo aprovechar muy bien los

primeros segundos para cogerla. Ahora, ¿qué?

Bob se recosió contra la pared y miró a Jesse con ojos de burla. De no impedírsele el dolor que sentía en las mandíbulas, de buena gana hubiera soltado la carcajada. Otra vez la fruición de la primera pelea resplandeció en su rostro. Y enseguida, una alegría estallante, muy parecida a la del niño que de pronto encuentra el juguete predilecto y al que ya consideraba definitivamente perdido.

—¡Bien, bien! Por lo visto, es que quieres entrar en calor —rezongó Bob. Y acto seguido, abrió la boca, como si fuera a bostezar, mostrando el maxilar superior, lleno de muelas de oro. Lo hizo para reír, pero el dolor le obligó a cerrar inmediatamente la boca. Esto acabó de irritarle—. Te voy a dejar hecho una plasta.

Jesse se había restregado con el dorso de una mano la sangre que de nuevo comenzaba a resbalarle por la barbilla. Su mirada aferrábase a la del enemigo, escrutándole todas las intenciones.

—Te dejaré con el aliento suficiente para que cuando la pequeña venga le expliques tú mismo lo que ha pasado.

—Perfectamente, Bob —repuso escueto el periodista, preparándose para la embestida.

El otro se despegó de la pared y avanzó dos pasos, muy lento, como si quisiese retardar el quedarse otra vez sin juguete.

—Has perdido tu única oportunidad. Debiste coger la pistola.

—Será el trofeo del que quede en pie.

Y empezó de nuevo una formidable lucha, en la que al fin y tras duros esfuerzos, Jesse quedó vencedor. El desplome del pesado cuerpo de Bob, se acusó sobre el piso de madera en un sordo y dramático choque.

Jesse esperó unos instantes, observando con ojos turbios a su contrincante. Poco a poco, su visión fue aclarándose y su aliento tomando un ritmo más pausado. Lentamente, se dirigió al camastro y de un tirón lo apartó de la pared. Pasó al otro lado, se agachó y cogió la pistola. Se cercioró de que tenía una bala en la recámara y puesto el seguro, y empuñándola con la derecha se dirigió a donde estaba Bob. Antes de agacharse, le quitó el seguro al arma. El mastodonte, tras unos momentos de permanecer inerte, empezaba a removerse y a resollar. Él periodista, con la mano que le quedaba libre, se puso a registrarle los bolsillos. Sólo le encontró unas llaves, y un cargador, repleto de balas. Nada más que pudiera darle alguna

indicación de a dónde debía encaminar sus primeros pasos. Se levantó y fue a la puerta, colocando una de las llaves en la cerradura. Antes de abrir, dirigió una rápida mirada a la estancia. Tal vez allí hubiese algo que pudiera orientarle, pero precisaba no perder tiempo. Ya antes practicó un rapidísimo registro, cuando Bob salió a acompañar a Mirtha.

Ya en el umbral, dirigió una última mirada a su enemigo. Por momentos, la respiración y los movimientos de Bob eran más vivos.

—Siento no tener tiempo para atenderte —dijo el periodista—. Tal vez al despertar no te gustará verme delante... aunque sospecho que no tardaremos en volvernos a ver. Mis recuerdos a tu hermosa «jefe».

Salió, cerrando la puerta con llave. En la planta baja permaneció un breve tiempo, haciendo un superficial registro. Encontró su abrigo colgado en la percha, pero del ejemplar del «Amplifier» no halló rastro por ninguna parte. Decidióse a abandonar la casa. De un momento a otro, podía llegar el sustituto o sustitutos, de Bob. Primero quiso salir por la puerta, pero ninguna de las dos llaves pertenecía a aquella cerradura. Entonces decidió utilizar una de las ventanas traseras, después de dejar pasado el cerrojo de la puerta. Por la ventana le fue fácil saltar afuera. El marco se hallaba a menos de dos metros del suelo, y aun pudo Jesse desde el exterior cerrar los batientes para disimular el sitio por dónde había escapado. No sabía en realidad por qué tomaba aquellas precauciones, pues no era su propósito el ocultar la fuga, sino, al contrario, hacer sentir con todas sus fuerzas que se hallaba libre. Pero acaso no estuviese de más retardar el momento en que sus enemigos se dieran cuenta de lo ocurrido.

Instantes después se felicitó de ello. Al principio había echado a andar por la senda que enfrentaba con la casa; un camino bordeado de vegetación que apenas tenía la suficiente anchura para que pasara un coche. Por allí anduvo, manteniendo la pistola a punto de disparar.

La obscuridad era tan completa, que casi no distinguía la franja del sendero.

Jesse avanzaba de prisa, para aliviar un poco aquel intenso frío que sentía, pero de vez en cuando aminoraba la marcha, porque el estruendo que producían sus pisadas parecía imprudente. Y de

pronto, no muy lejos, brotaron dos potentes manchas de luz. Al mismo tiempo empezó a concretarse el vibrar de un motor. Los faros, que en un principio alumbraban hacia la derecha, empezaron a girar en dirección al sitio en que se hallaba el periodista. Apenas si pudo elegir el lugar más adecuado para esconderse. Se inclinó y se hizo a un lado del camino, empujando con el cuerpo la barrera de arbustos, y ésta cedió, con fuertes crujidos de ramas. Sus pies resbalaron y fueron a parar sobre la capa de hielo que cubría el agua parada de una acequia que se extendía paralela al camino. El hielo se partió, y muchos fragmentos quedaron incrustados en el lecho de barro, empujados por los pies de Peyton. Éste sintió en ambas piernas la gélida tenaza del agua, pero en vez de intentar salir, aun se agachó más, porque el automóvil se hallaba muy cerca.

Avanzaba con bastante lentitud, precaviéndose del difícil camino. Jesse se pegó al pequeño ribazo. Cuando el coche estuvo a unos cuantos metros, creyó oír, pese a las vibraciones del motor, voces coléricas que discutían en el interior del vehículo. Pero cuando se decidió a mirar, el coche ya había pasado.

Pronto todo volvió a quedar sumido en la más densa obscuridad. Peyton se apresuró a salir de su insoportable escondite. El frío lo sentía en los pies en forma de dos engranajes que le estuviesen triturando los dedos. Saltó al medio del camino, y tras patalear unos momentos para expulsar el agua que contenían sus zapatos, echó a andar apresuradamente, casi corriendo. Entonces fue cuando consideró un acierto haber disimulado su salida de la casa. El tiempo que perdieran sus enemigos en averiguar lo acontecido, tal vez permitiese a Jesse llegar a la carretera general, donde confiaba poder utilizar cualquier vehículo de los que pasasen.

CAPÍTULO III

LOS TÍOS DE JESSE

Decidió tirar por una de las sendas que de vez en cuando atravesaban el camino. La salida a la pista general, por momentos parecía más lejos. Ningún indicio de circulación de vehículos. Y cada instante esperaba ver asomar los faros del coche enemigo, que retrocedía para ir en su busca. Prefirió salirse del camino, marchando incluso a campo traviesa. No detenerse ningún momento, para que el frío no se le apoderara.

Todavía faltaban dos horas para que clarease. Tal vez cuando hubiese luz tuviera que desandar el trayecto que hacía ahora, pero no le importaba. Ignoraba por completo la comarca en que se hallaba. Bob le dijo que la casa se encontraba a unas cincuenta millas de Nueva York, pero aun suponiendo que le hubiese dicho la verdad, de nada le servía. Lo único que sabía era que por momentos se estaba internando en una zona cada vez más abrupta. La senda culebreaba entre montículos; había momentos en que sus pies hacían crujir láminas de hielo, barro endurecido, o bien atravesaban zonas pedregosas. Casi sin darse cuenta se vio metido en una espesa arboleda, tan tupida que los árboles de un lado y otro juntaban sus ramas, ocultando su vista el centelleo de las pocas estrellas que hasta entonces distinguiera.

Entonces fue cuando en realidad se sintió solo. Jesse se detuvo, sorprendido por la inquietud que acababa de apoderársele. Sonrió, burlándose de sí mismo. Acababa de cometer una niñería. Horas antes no vaciló en luchar contra un enemigo superior a él en fuerza física. Ahora se hallaba libre y en su mano derecha había una pistola. Sin embargo, el hecho de sentirse solo en una zona ignorada, envuelto por una noche totalmente negra, le hizo desear

desesperadamente la compañía de algo viviente.

Jesse seguía metido en el bosque cuando ya el día había cuajado su luz. Aceleró el paso. Era preciso salir cuanto antes de aquella maraña, o por lo menos alcanzar una altura desde la que dominar, los alrededores para orientarse.

Y de pronto oyó próximo el sonido de un «claxon». A punto estuvo de lanzar un grito de alegría. Echó a correr, y al poco la senda tomó una pronunciada pendiente, siempre a través de la arboleda. Jesse se encontró a la orilla de una ancha pista, sin advertirlo más que cuando ya estaba en ella. Al otro lado de la carretera seguía el bosque, monte arriba...

A los pocos minutos de hallarse marchando por un lado de la pista, vio venir en dirección contraria un enorme camión. Momentos después la portezuela de la cabina se abrió y Jesse, montaba, sentándose al lado del conductor. Arrancó el pesado vehículo. El repórter estiró las piernas, buscando el cálido aliento del motor. Permaneció unos momentos saboreando el bienestar que sentía sobre aquel mullido asiento, envuelto por aquel calor agradabilísimo, como si acabase de tenderse en el mejor colchón.

Ya casi dormido, se le ocurrió preguntar:

—¿A dónde se dirige?

—¡A Allentown!

—¡Qué suerte! —exclamó Jesse, manteniendo los ojos cerrados.

En Allentown, Peyton tenía dónde dirigirse para solicitar ayuda, soslayando los centros oficiales. Allí vivían unos familiares suyos. Cuando hora y media más tarde entró en su casa, lo primero que hizo, después de saludar, fue pedir una cama. Pero dio la coincidencia de que sobre la mesa del comedor donde se hallaba dispuesto el desayuno de sus tíos hubiese un ejemplar del «Amplifier News», doblado aún, de la misma forma que lo había traído el repartidor. Esto despabiló a Jesse. Súbitamente se sintió lleno de agilidad y con ánimo emprendedor.

—¡Tío Larry! ¿Siguen suscritos al «Amplifier»?

—Sí —contestó éste con la mayor naturalidad, pues nunca había imaginado que por el mero hecho de dejar de trabajar su sobrino para aquel periódico, tuviese él la obligación de darse de baja como suscriptor.

—¿Guarda el ejemplar de ayer? —preguntó ansiosamente el

periodista.

—Creo que sí... ¡Evelyn!

Evelyn era la tía de Jesse, quien acababa de marcharse escaleras arriba para preparar una habitación a su sobrino. El repórter subió en cuatro saltos los veintidós escalones que separaban la planta baja del primer piso.

—¡Tía! ¡El periódico de ayer! ¿Dónde lo tienen? —dijo gritando apenas entró en el corredor.

En una de las puertas asomó tía Evelyn.

—¿Qué periódico?

—¡El «Amplifier»!

—Pues... Sí, ya sé. Se lo llevó el vecino.

—¡Es preciso recuperarlo! ¡Enseguida!

—Pero ¿no vas a acostarte?

—¡Ya no! Lo que ahora necesito...

En ese momento Jesse se miró las piernas. Sí, aquello estaba bien claro. Lo que primero necesitaba, era cambiar de pantalones, o secar los que llevaba y plancharlos. Tampoco estaría de más limpiarse los zapatos. En ese instante tía Evelyn también pareció reparar en ello.

—¡Pero hijo! ¿Dónde te has metido?

—No lo sé todavía —fue la intencionada respuesta de Jesse, que tía Evelyn no podía comprender—. Deme unos pantalones del tío, y unos zapatos, y encárguese de los que llevo. Pero interesa resolverlo rápidamente. Yo me cuidaré de recoger el periódico.

Momentos después, Jesse salía a la calle llevando los anchos pantalones de tío Larry, que apenas le llegaban a media pierna. Un minuto más tarde regresaba a la casa de sus tíos todo lo deprisa que le permitían sus desahogados zapatos, llevando en las manos un ejemplar bastante estropeado del «Amplifier». Halló a su tía encendiendo fuego en la chimenea. Extendidos sobre el respaldo de unas sillas estaban el abrigo y los pantalones de Jesse.

—¡Hay barro hasta en los forros! —exclamó tía Evelyn al verle aparecer—. ¿Puede saberse dónde te has metido?

Pero su sobrino no la oyó. En ese momento acababa de tender el periódico sobre el tablero de la mesa y se ponía a pasar páginas. Concentraba toda su atención en la estructura general de los textos. Confiaba en que cualquier detalle, por vago que fuese, le ayudaría a

recordar. De pronto lanzó una frase irritada contra los vecinos de sus tíos. Muchas de las páginas estaban puestas sin orden. Procedió a coleccionarlas, cuando de pronto tía Evelyn lanzó un grito.

—¡Jesse! ¿Qué es lo que ocurre?

Sostenía con una mano un pañuelo con manchas secas de sangre. Con ojos espantados miraba a su sobrino, y parecía darse cuenta entonces de que el rostro de Jesse tenía hinchazones muy ajenas a su excelente estado de salud. No obstante, no era esto lo que le había hecho lanzar la fuerte exclamación de sorpresa, Los ojos de la mujer miraban aterrorizados a su sobrino, y enseguida se volvían para clavarse en un bolsillo del abrigo, que estaba tendido sobre el respaldo de la silla.

Jesse comprendió enseguida. Y con toda naturalidad fue adonde estaba el abrigo, metió una mano en el bolsillo, sacó la pistola y se la guardó.

—¡Pero, Jesse! ¿Es que escribes con eso? —preguntó tía Evelyn, humorista sin proponérselo.

Tío Larry acababa de asomar, dispuesto ya para salir a la calle. Tuvo tiempo de ver la maniobra de su sobrino y enseguida lo imaginó asaltando un Banco. Siempre había desconfiado de que un temperamento como el de Jesse se adaptase a manejar la pluma.

—¡Vamos, sobrino! ¿Qué sucede?

Tío Larry lo veía sentado en la silla eléctrica.

—¿Has matado a alguien?

Por unos momentos, Peyton estuvo a punto de seguir la alarma de sus tíos. Pero no tenía tiempo que perder y además necesitaba que lo dejaran tranquilo. Inventó la persecución de unos atracadores, refugiados en la comarca. Jesse ayudaba a la Policía. El inspector Murphy, muy amigo suyo... Y de pronto se interrumpió, para exclamar, lleno de entusiasmo:

—¡Naturalmente! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? ¡Murphy es el hombre que necesito!

Se quedó mirando a sus tíos, con los ojos llenos de alegría.

—Permanezcan tranquilos... Pronto tendrán ocasión de conocer un magnífico reportaje... pero no en el «Amplifier», precisamente... ¿Siguen de alta en el teléfono?

—Desde luego.

—He de utilizarlo para unas conferencias... a cargo de mi

periódico. No me entretengan ahora. Tengo mucho que hacer... Usted, tía, no descuide mi ropa...

Fue adonde había dejado el periódico y se puso de nuevo a hojearlo. Llegó hasta la última página sin hallar nada que le llamara la atención. Entonces decidió sentarse, cabalgando una pierna sobre la otra, para adoptar la misma postura que en el autobús. Recordaba que allí pasaba las páginas con dificultad, porque medio, periódico doblábase sobre sus rodillas. Tal vez así. Una Dos... Los cortos pantalones le dejaban ahora al descubierto las desnudas piernas. Tío Larry y tía Evelyn, a unos cuantos pasos de donde se hallaba su sobrino, le observaban un poco estupefactos, pues no acababan de comprender aquello. Y si tanta prisa tenía, el repantigarse a mirar el periódico no era la actitud más adecuada.

—¡Aquí! —gritó Jesse, inclinándose sobre una de las páginas.

Durante unos minutos en la estancia no se oyó más que el chisporroteo de la leña. Peyton permanecía absorbido en la lectura de algo que seguramente debía tener el máximo interés. Tío Larry avanzó unos pasos. Continuaba intrigado, pero ahora en otro sentido. Quería averiguar lo que tanto atraía a su sobrino. Tío Larry era un buen lector del «Amplifier». Ningún suceso escapaba a sus ojos. Y de los publicados el día anterior, no recordaba nada de particular.

Avanzó hasta situarse tras de su sobrino. Se inclinó, para mirar por encima de uno de sus hombros. Pero en ese momento Jesse había terminado su lectura y, dejando caer el periódico sobre sus rodillas, se quedó pensativo. Toda la alegría que momentos antes resplandecía en su rostro, había desaparecido. Veíase claramente que algo acababa de decepcionarle...

—¿Y si me hubiese equivocado? —pensó en voz alta—. Tal vez no sea esta página...

Volvió a cerrar el periódico, para empezar de nuevo, en el preciso momento en que tío Larry se ponía a leer los titulares de la página que tanto había interesado a su sobrino.

—Ésta la pasé... Lo recuerdo perfectamente. Y ésta también... Y esta...

En una vaciló, y volvió atrás.

—Sí, también...

Tío Larry observaba en silencio. Un momento pareció que iba a

decir algo, pero enseguida mordióse el labio superior y se volvió rápidamente para mirar a su mujer. Tía Evelyn mantenía sus pupilas espantadas fijas en su sobrino.

—¡Es ésta, estoy seguro! —gritó Jesse, como si quisiera convencer a alguien que tenazmente estuviese haciéndole la contra—. ¡Es ésta! Recuerdo el anuncio del «Fancy». Es lo primero que me dio en los ojos y yo pensé: «Aun le están sacando dinero a la vieja cotorra». Es esta página y este texto... Pero...

Jesse volvió a sumergirse en la lectura de una de las columnas. La primera de la izquierda. Esta vez tío Larry también pudo hacerlo. Se había calado los lentes y, apoyándose en un hombro de su sobrino, empezó a leer vorazmente. Pero poco a poco su ansiedad fue calmándose y su semblante reflejó la más deprimente decepción. Lo que contenía aquel texto no podía ser más anodino. Era el anuncio de una fiesta de la alta sociedad de Richmond. Cosas estas que tío Larry nunca leía.

—¡Pero si está claro! —exclamó Jesse.

—¡En la finca «Horace» y en Richmond! ¡La residencia del avinagrado McPerry!... ¡Caramba, caramba, caramba! Mira tú por dónde le voy a dar el gusto de que me vea de nuevo...

Recapacitó, y luego:

Su primer paso iba a ser ponerse en contacto con el inspector Murphy. En varios asuntos habían trabajado juntos y se portaban bien, pese a que de vez en cuando discutían porque Jesse, según opinión del policía, se extralimitaba en su misión de periodista. Iba a llamarle... Pero cuando ya había descolgado el auricular, pensó que no estaría de más cerciorarse de que el texto localizado era el que interesaba.

Pidió conferencia con la redacción del «Amplifier». En tiempos antiguos esto lo hizo centenares de veces. Cuando le llegó la voz de la centralilla del periódico, la reconoció, y se creyó en los días de antes de la guerra.

»—¿Aló?

—Con la señorita Mirtha Day —contestó Jesse.

»—¿De parte de quién?

—Estrictamente confidencial... Está esperando mi llamada.

»—Espere unos momentos, tenga la bondad...

Peyton percibió las distintas llamadas de la centralilla a varios

departamentos del periódico. Antes de que la encargada del teléfono le transmitiese la noticia, Jesse ya la sabía. No estaba quien buscaba.

»—¿Aló?... La señorita Day no se encuentra en el periódico. Pero ha dejado algunos números de teléfono donde se la puede localizar. ¿Le interesan?

—Sí, señorita. Dígamelos.

Momentos después, Jesse proseguía las llamadas. Tío Larry había decidido marcharse a su trabajo, sin llegar a entrever lo que su sobrino llevaba entre manos, y tía Evelyn se dispuso a adecentar la indumentaria de Jesse. Éste, mientras tanto, tenía que enfrentarse con una columna, cada vez más grande, de números de teléfono. Parecía que Mirtha Day habíase dedicado en las horas pasadas a cruzar Nueva York con la velocidad del rayo, sin otro fin que dejar huellas en los teléfonos. Cada llamada le servía para conseguir uno, o varios números nuevos. Peyton empezaba a desesperarse. Iba a desistir, cuando de pronto, en un número elegido al azar obtuvo la respuesta deseada:

»—Espere... unos instantes... ¡Enseguida se pone al aparato!

Era una voz cascada, de hombre que debía de toser mucho. ¿Algún compañero de Bob? Tal vez el que le dio el golpe en la nuca...

»—¿Diga?

—¿Mirtha Day?

»—¡Sí, sí! ¡Diga!

—¡Buenos días, señorita! ¿Cómo se encuentra?

»—¿Quién es usted? —preguntó desde el otro extremo de la línea una muy dulce voz de mujer, pese a que parecía algo enfadada o impaciente.

—Un momento, señorita Day... ¿Cómo se encuentra Bob?

»—¡Peyton!

—¡Exactamente! ¡No puede usted negar que es periodista!

»—¡Señor Peyton! ¡No puedo permitirme el lujo de perder un solo minuto, ni siquiera con usted! Si su llamada obedece a que quiere que le dé explicaciones, tendrá usted ocasión de recibirlas en otro momento.

Jesse adivinó que iba a colgar y se apresuró a decir:

—¡Tengo algo muy importante para usted, señorita Day! ¿Tiene

a mano el ejemplar del «Amplifier», o el recorte que Devoe subrayó?

»—¡Sí!... ¿Qué es lo que quiere?

—Hacerle una revelación... Gracias a usted, Bob no me aplastó las narices, y eso es cosa que no puedo olvidar. ¡Le estoy muy agradecido... a pesar de todo! ¡Lo digo de veras! Coja el recorte y escuche lo que le voy a decir...

Al otro lado del teléfono hubo un titubeo. Luego:

»—Espere unos momentos...

Jesse percibió el choque del auricular al ser dejado seguramente sobre una mesa. Luego, los pasos de Mirtha que se alejaba en busca del recorte. Peyton la imitó. Corrió al comedor, sobre cuya mesa había dejado el periódico y manteniéndolo doblado por la página que interesaba, volvió con él al teléfono. Aun tuvo que esperar unos segundos.

»—¿Señor Peyton?

—¡Diga, diga!

»—Tengo en mis manos el recorte... ¿Qué es lo que va a decirme?

—¡Una verdadera confidencia, señorita Day! ¡Escuche! Sin contar las titulares, lea la línea que hace cinco...

Jesse esperó. La palabra «cinco» procuró pronunciarla deprisa, separándose del micrófono.

»—¡Oiga, Peyton! ¿Qué es lo que ha dicho?

Jesse repitió lo de antes, pero procurando ser más obscuro, y añadiendo al final, pero esto de forma que la oyera claramente:

—... En la cuarta palabra de dicha línea, está la clave. ¿Me oye bien?

»—¡No, no! ¡Apenas le oigo!

—¡Escuche, Martha! Empiece a leer el primer párrafo, y en el momento que yo le indique, deténgase y medite...

Mirtha obedeció, de una manera casi inconsciente. Pero a los tres vocablos se detuvo, como dándose cuenta de lo absurdo de la situación.

»—¡Oiga, Peyton! ¿Qué juego es éste?

—¡Muy divertido, señorita Day! ¡Ya no es menester que siga leyendo, si es que no le gusta! Ahora, si le parece bien, deme noticias acerca de las pesquisas del «suicidio» de mi amigo...

»—¡Hace usted mal en seguir el tono de burla, Peyton! ¡Lo

lamentará!



...el tono de burla, Reyton! ¡Lo lamentará!

3 - CRIMEN.

La desconexión se produjo violentamente. Jesse se puso a dar saltos. De pronto se encontró ante su tía, quien ya parecía resignada a recibir aquel día toda clase de sorpresas.

—¡Tía Evelyn! ¡Su sobrino es un genio!

Se quedó mirando el periódico y empezó a leer:

«Mañana por la noche, a los seis años exactos de...».

—¿Se ha fijado, tía Evelyn? «Mañana por la noche, a los seis años exactos...». Las mismas palabras que ha leído la hermosa Mirtha Day. Luego he elegido bien el texto...

Se quedó pensativo unos momentos.

—¡Tía Evelyn! ¿Cómo va mi ropa? ¡Esta noche es preciso que esté en una fiesta de gran gala, en Richmond! Será necesario que regrese inmediatamente a Nueva York...

Pero enseguida se le ocurrió otra idea.

—¿Por qué no salir desde aquí?... ¡Ya está! Murphy que venga a buscarme en su coche. Haré que pase por la pensión y recoja mi traje de etiqueta...

Jesse corrió hacia el teléfono, en tanto tía Evelyn se quedaba sin saber si debía apresurarse o no en preparar la ropa de su sobrino.

CAPÍTULO IV

EL INSPECTOR MURPHY

Si el inspector Murphy era el hombre ideal para intervenir en aquel asunto sería por cualidades de más peso que su aspecto físico. Nada más lejos del tipo *estándar* del policía americano que aquel hombrecito enclenque, de mejillas chupadas y ojillos agazapados tras los gruesos cristales de sus lentes. De lo primero que tía Evelyn se dio cuenta al verlo descender del coche fue que era muy nervioso. Y unos segundos después, que tenía una voz estridente, que más que introducirse en los oídos lo que hacía era barrenar en ellos.

—¿El señor Peyton?... ¿Jesse Peyton?

Arrastraba la palabra señor, como si quisiese darle un significado distinto al corriente...

—Se está vistiendo... —respondió la mujer—. ¿Por casualidad es usted el inspector?

Murphy contestó con un gruñido que lo mismo podía interpretarse como sonido afirmativo que todo lo contrario. A tía Evelyn le pareció lo primero.

—Pase usted. Le está esperando.

El hombrecito volvió al coche y paró el motor. Del asiento posterior sacó una maleta grande. Le dejó en uno de los primeros escalones que precedían la entrada de la casa. Tía Evelyn descendió apresuradamente para cogerla.

—¡Déjala! —Gruñó Murphy—. Que la suba él... Es lo menos que puede hacer.

Pero mi sobrino se está vistiendo...

—¡Ah! ¿Es su sobrino?

Los ojillos bailotearon tras los cristales. Tía Evelyn se sintió

observada de forma que enseguida le hizo pensar que el ser tía de un periodista como Jesse era una cosa que no se daba todos los días.

—¡Valiente «pinta» tiene usted por sobrino!

Sí, estaba bien claro que el inspector poseería otras cualidades que no tenían nada que ver con un carácter alegre. Le admiraba que fuese amigo de su sobrino. Jesse no congeniaba con los seres hoscos. Una prueba de ello es que no vaciló en estropear su brillante carrera de periodista mandando al diablo a *Mr. McPerry*, un hombre a cuyo amparo Jesse hubiera podido seguir progresando.

Murphy se decidió a subir él mismo la maleta. Y apenas llegó al umbral, apareció Peyton.

—¡Vámonos, Murphy! Tenemos el tiempo justo...

Besó a su tía y en dos saltos se plantó junto al coche. Después de observarlo unos instantes, se volvió, con la mirada llena de reproches hacia el policía:

—¡Pero, inspector! ¿Cómo vamos a llegar a Richmond con esta cafetera?

Murphy había dejado en el suelo la maleta y, con los brazos arqueados y las manos en las caderas, echándose atrás el faldón de su abrigo gris, miraba por encima de los lentes al repórter.

—¡Oiga, Peyton! —chilló de pronto—. ¡Ahí tiene usted un coche! ¡En esta maleta un traje...! ¡Y en mi pistola un cargador capaz de recordarle que el momento, no está para bromas!

Jesse se acarició el occipucio. Luego se pasó suavemente la yema de los dedos por encima de unas moraduras que tenía en la sien izquierda.

—¡Demasiado sé que no está el tiempo para bromas! Y si pudiera, John Devoe opinaría lo mismo...

El inspector Murphy dio un salto. Tía Evelyn se admiró de que aquel hombrecito bajase la escalera más deprisa que su gato «Hornet».

—¿Qué sabe usted de Devoe?

El inspector acababa de cogerse a las solapas del abrigo de Jesse, como si agarrándose a ellas pudiese acrecentar su estatura.

—Me ha hecho usted venir incitándome con vaguedades. ¿Por qué no me ha dicho concretamente que se trataba de este asunto?

—Porque temía que usted no viniera solo.

—¡Exactamente! Desde ayer tarde, todas las brigadillas en Nueva York están trabajando a marchas forzadas, pero muy pocos agentes saben quién es el muerto. ¿Cómo no lo ignora usted?

Peyton sonrió enigmático.

—Todo se lo aclararé, si no se opone a que salgamos.

—¡Inmediatamente! Pero para regresar a Nueva

York.

—En ese caso perderá usted la mayor oportunidad que se le presenta en su carrera... Y las manifestaciones que espontáneamente pensaba hacerle, me las reservaré para en su día publicarlas y cobrar por ellas.

Murphy debía conocer a fondo a Jesse, para saber cuándo éste, a pesar de la sonrisa y el tono ligero, decía una cosa en serio. Tras escrutarle unos instantes los ojos, el policía torció la boca y gruñó:

—Está bien. Vayamos a dónde usted quiera.

—¡A Richmond! Yo conduciré... Tengo la ruta estudiada.

Jesse abrió la portezuela y saltó al interior del coche. Procedió a poner el motor en marcha.

—¡Jesse! ¿Y la maleta? —gritó tía Evelyn desde lo alto de la escalera.

—¡Cójala usted, Murphy! —indicó el repórter que ya se hallaba perfectamente acomodado y las manos sobre el volante. Enseguida frunció el ceño y metiéndose una mano por la abertura del abrigo sacó un mapa de carreteras y se puso a consultarlo. Cuando más embebido se hallaba en su lectura, oyó en el asiento posterior un fuerte golpe. No se volvió siquiera a mirar de qué se trataba. Sabía que era la maleta, arrojada por Murphy.

El inspector se sentó al lado del repórter, cerrando violentamente la portezuela.

—¡Hasta la vista, tía Evelyn! —gritó Jesse.

Mementos después, el coche cruzaba la principal calle de Allentown y alcanzaba las afueras.

—Si se enfadan, sé matarán uno al otro —pensaba la atribulada tía Evelyn, en el momento de meterse en su casa—. El pequeñete ese no sabe que mi sobrino también lleva pistola.

En esto la pobre mujer fue más sagaz de lo que a primera vista pudiera parecer. El inspector Murphy no sabía que el periodista llevaba un arma de fuego. Alguien más lo ignoraba también.

Fue al enlazar con la carretera de Baltimore que la cosa se descubrió. Pero antes de que eso ocurriese Jesse tuvo tiempo de informar al policía. Se reservó muchas cosas. Una de ellas fue el nombre de Mirtha Day. Tampoco dijo que él individuo con quien luchó, se llamaba Bob. Ni que el eje de todo aquello parecía ser un tal Nitker. También calló la marca del coche en que fue secuestrado. Ponía intencionadamente estas lagunas, porque Jesse conocía de sobra a Murphy y sabía que si en algún momento la presencia del periodista le resultaba engorrosa, no vacilaría en desprenderse de él, para proseguir sólo el asunto.

Tampoco dijo su encuentro con Devoe. Refirió que se enteró de su muerte porque se la anunciaron los individuos que lo secuestraron, amenazándole con que él correría la misma suerte si no «cantaba».

—Pero ¿qué es lo que buscan? —preguntó impaciente el inspector.

—No llegué a saberlo. Cuando más interesante se ponía el interrogatorio, hubo una llamada telefónica, y entonces se fueron todos, excepto un grandullón que dejaron para que me cuidara...

—¿Y cómo sabe que la fiesta de esta noche en Richmond nos puede interesar?

—Porque les oí nombrar la finca «Horace» y referirse a la fiesta de esa noche. Además, en vista de que lo que yo manifestaba no tenía interés para ellos, uno dijo: «Puede que sea verdad que no sepa nada. Este tipo hace ya tiempo que no trabaja para el “Amplifier”. De todas formas, lo que mañana por la noche ocurra en Richmond lo decidirá». ¿Qué le parece?

—Que la parte que más me puede interesar se la está usted callando, amigo Peyton —contestó el inspector, procurando un tono amable—. Usted sabrá por qué lo hace... Yo confío que en ello no tendrá nada que ver un mezquino concepto de la profesión. John Devoe fue su gran amigo. Creo que eso será motivo suficiente para que usted, si en algún momento siente tentaciones de entorpecer los pasos de la Justicia, sepa resistirlas. La muerte de su amigo debe ser castigada.

—Eso estoy procurando, inspector.

—Creo que el procedimiento que emplea no es el más adecuado. Si lo de Richmond es una broma, a tiempo está de que nos

volvamos a Nueva York, donde verdaderamente tengo algo que hacer.

—¡No, Murphy!... —replicó apasionadamente Jesse—. ¡Su labor está en Richmond! ¡Confíe en mí!

En ese momento enlazaban con la carretera de Baltimore. En el empalme, Peyton tuvo que hacer un hábil zigzag para evitar un coche que había allí detenido. Ni el policía ni el periodista advirtieron que este vehículo echaba detrás de ellos, tan pronto pasaron.

—En todo esto —comenzó a decir Murphy, en un tono como si estuviera pensando en voz alta—, lo primero con que uno da de narices es el hecho de que un hombre como John Devoe haya vivido todos estos últimos años en una penumbra tan perfecta, que no se encuentre rastro.

—En estas últimas horas ésa ha sido mi obsesión —manifestó Jesse.

—¿Qué deduce usted de ello? En el «Amplifier» está dado de baja en la plantilla de redactores, a petición del interesado por carta que yo mismo he podido ver, fechada en Tokio, pocos días después de la rendición del Japón. A partir de entonces, nadie parece saber nada de él. Eso es inadmisibile. Un periodista de la talla de Devoe no puede quedar anulado tan fácilmente. ¿Qué piensa usted?

—John tenía un carácter extraño —manifestó lentamente Jesse—. Juntos hemos cometido muchas locuras, de las que sólo ahora, vistas a distancia, me doy cuenta. Creo que nuestra afinidad estaba precisamente en la falta de prudencia con que los dos acometíamos nuestros asuntos. La guerra era un acicate en nuestra locura. De una manera inconsciente, yo he ido frenando poco a poco y ya puede decirse que soy un sujeto normal...

Murphy soltó un gruñido. Pero Jesse estaba hablando demasiado en serio y no quiso recoger la intención que aquel sonido llevaba.

—Pienso si en Devoe esa evolución no se ha podido producir sin brusquedades. Nada tendría de particular que sus facultades mentales hubiesen quedado perturbadas. Las postguerras producen infinidad de casos así... Por otro lado, la actuación de John durante la contienda tuvo instantes demasiado intensos. En este momento recuerdo cuando la contraofensiva de las Ardenas. El tanque en que iba John consiguió romper las líneas enemigas. Una granada

perforó el blindado. Todos perecieron excepto John, que tuvo que permanecer en aquella tumba de acero durante treinta y seis horas... Más tarde, en la carretera de Magdeburg-Berlín, el trágico accidente que costó la vida al teniente coronel Wendell y al senador Blyton... También esta vez John escapó de milagro.

—Sí... —murmuró pensativo el inspector—. Llega un día en que la suerte abandona a sus favoritos... Puede que el obscurecimiento de Devoe sea consecuencia de lo que usted supone. Pero eso no explica en nada la forma en que ha muerto.

Jesse estuvo a punto de revelar lo que le dijo Mirtha Day: que John había procurado su propia muerte. Se contuvo a tiempo. Eso hubiera echado por tierra su versión del secuestro. Otra cosa, además, vino a desviar la atención de los dos. Un coche que hacía unos momentos acababa de adelantarles, inesperadamente disminuía la marcha. Jesse se disponía a hacer la maniobra para pasarle, cuando de pronto dio un frenazo.

—¡Inspector! ¡Agáchese! —gritó Peyton.

Al mismo tiempo el parabrisas estallaba. Varias balas pasaron rozando la cubierta del motor.

El policía parecía haber presentido lo que, iba a ocurrir al mismo tiempo que Peyton, de forma que cuando éste le advirtió del peligro, ya Murphy se había ovillado. Los frenos lanzaron un desesperado gemido, y durante unos instantes el coche que conducía el repórter pareció un potro salvaje al que se acabase de apresar con un lazo. Dio unos bruscos saltos y embistió de lado los árboles que orillaban la pista. En ese momento Murphy abrió la portezuela y saltó afuera. El coche agresor se había detenido allá delante y algunos individuos se apeaban. Dirigiéronse hacia el coche agredido, y al ver que alguien salía de él volvieron a disparar. El inspector sólo pudo contestar con dos tiros. La pistola le saltó de las manos. Agachóse. Sujetándose con la mano izquierda el brazo derecho y buscando el amparo de una rueda, fue retrocediendo.

—¡Peyton! ¡Salga y métase entre los árboles! ¡Dese prisa!

—¡No, Murphy! ¡Prefiero esperarlos aquí! —contestó Jesse, agazapado de forma que su cabeza apenas emergía por el cuadro del parabrisas.

Tampoco quedaba tiempo. Uno de aquellos individuos se destacó de los demás, y con la pistola amartillada intentaba rodear

el coche. Hallábase ya sólo a unos cinco metros. Su mirada no se apartaba de la portezuela abierta y de la rueda tras la que se había tendido el policía.

Pero fue por el ángulo del parabrisas contrario por dónde surgió una bala que le alcanzó en el centro de la cara. Lanzó un grito, soltó el arma, y poniéndose las manos en el rostro intentó girar, pero sus piernas se doblaron y quedó bien plegado en el centro de la pista. Allá detrás se oyó el sonido de un «claxon». Los dos individuos situados más lejos miraron hacia la ondulación de la pista, en cuya cumbre acababa de asomar un coche. Luego, hacia el compañero caído. Todo en el espacio de un segundo. E instantáneamente, los dos se pusieron a disparar contra el coche, en tanto que retrocedían de espaldas. La pistola de Jesse no les respondió. Aun menos la de Murphy, que había quedado en tierra, en sitio batido. De pronto, los individuos se volvieron y echaron a correr hacia su coche, el cual comenzaba a deslizarse. Tan pronto los dos montaron en él, el vehículo aceleró.

Las llamadas de «claxon» se aproximaban. Murphy se puso de pie, sin dejar de sujetarse el brazo derecho, cuya mano mantenía encogida, totalmente roja, como si acabase de exprimir una esponja empapada de sangre.

—¡Peyton! ¿Se encuentra bien? —preguntó mirando con ansiedad al interior del coche.

Jesse parecía empotrado entre el asiento y los mandos del coche.

—Un poco incómodo nada más... Veremos si consigo salir —contestó despreocupadamente.

Murphy se precipitó al otro lado del coche, situándose en medio de la pista. El vehículo que se aproximaba en aquel momento empezó a frenar. Peyton, que había conseguido abrir la portezuela del lado que daba a la carretera, salió, colocándose inmediatamente junto al policía.

—¿Es mucho? —preguntó mirándole el brazo.

—No... Un mordisco —respondió el inspector, sin apartar la vista de los que se apeaban del coche que acababa de detenerse.

Peyton quiso acudir a dónde el individuo permanecía plegado, pero se cercioró enseguida, de que ningún peligro les amenazaba en aquella parte. Preferible era salir al encuentro de los recién llegados. Dos hombres, enfundados en ricos abrigos, avanzaban

hacia ellos, vacilantes, con cara de pánico.

—Somos de la Policía: —anunció Jesse—. Necesitamos su ayuda...

Los hombres entonces parecieron recobrar la serenidad. Otro coche asomó en lo alto de la ondulación. Un minuto más tarde había cuatro coches detenidos.

Peyton probó de poner en marcha el vehículo de Murphy, pero no pudo. Tuvieron que montar en uno de los otros. El individuo alcanzado por el disparo de Jesse estaba muerto, y fue colocado en el coche que llegó en segundo lugar.

Diez minutos después entraban en Washington. Jesse entonces temió que Murphy tomase medidas demasiado aparatosas y echase por tierra su propósito de acercarse a la presa sin llamar la atención. En todo el trayecto el inspector no despegó los labios, y Peyton no supo si achacarlo al dolor que le producía la herida o a que estaba barajando ideas.

En la Dirección de Policía Federal, Jesse vio claro cuán gran cambio había dado el asunto en pocos minutos. En tanto Murphy era atendido de la herida en el brazo, Peyton tras una pequeña espera, fue invitado a pasar a un despacho donde, en torno a la mesa, había sentados tres hombres. Al aparecer Jesse, dos de ellos se levantaron, cortésmente, en tanto el otro proseguía en lo que estaba haciendo: pasar a máquina un cuaderno de notas taquigráficas.

Apenas se saludaron, antes de que mediaran otras palabras, el repórter ya supo a qué atenerse, aquellos hombres acababan de hablar con Murphy: «Ese maldito repórter sabe más de lo que me ha dicho. Lo dejo en vuestras manos». Les habría advertido el inspector, Todos sus esfuerzos hasta este momento iban dirigidos a evitar verse mezclado en una investigación oficial, y sin darse cuenta había venido a colocarse en el centro de donde partían todas las órdenes. Sonrió, manifestando en alta voz su pensamiento.

—Verdaderamente tiene gracia. Desde anoche pretendo moverme al margen de ustedes, y he ido a caer en la misma boca del lobo.

El que parecía el más viejo de aquellos policías apartó su mirada del periodista y se puso a arreglar unos papeles.

—Murphy nos ha hablado de esa reserva —dijo—. Un poco

extraña, en realidad. ¿A tanto le empuja su celo profesional? Sufre usted un secuestro, consigue a duras penas escapar, y cuando requiere la ayuda de Murphy le da usted una información bastante obscura y condicionándola de forma que ningún agente federal que se precie de serlo puede aceptar. Esperamos que la agresión que acaban ustedes de sufrir, le hará cambiar de actitud. A alguien le interesa que usted desaparezca, y usted seguramente lo sabía antes de que esto último ocurriera. Sin embargo, no vaciló en hacer que Murphy fuera a su pensión sin prevenirle del peligro que corría... ¿Es esto jugar limpio, señor Peyton?

Jesse se sintió turbado. Hasta ese momento no se le ocurrió pensar que era él mismo quién había dejado un reguero de pistas, al inducir al inspector a que fuera a su pensión por un motivo tan frívolo y absurdo: recoger su traje de etiqueta. Había jugado con la vida de Murphy, con la suya y tal vez con el resultado de aquel asunto.

—¡Pobre Murphy! —exclamó sinceramente dolido—. Y, sin embargo, lo hice de buena fe... Estaba convencido de que mi plan era el mejor para llegar a lo hondo del asunto sin que el enemigo se alarmara y pusiera las prendas a salvo. Temía, y sigo temiendo, que ustedes levanten la caza...

En ese momento se abrió la puerta y apareció Murphy, con la mano derecha enfilada en la abertura del abrigo, a la altura del pecho.

—¿Qué hay, amigos?

El inspector estaba contento. Cualquiera hubiera dicho que aquel día todos los asuntos le iban saliendo bien.

—¿Ha hablado ya nuestro amigo Peyton? —preguntó despreocupadamente.

Jesse se puso en pie, mirando contristado al hombrecito.

—¡Murphy! ¡Siento mucho que por mi culpa!...

—Déjese de tonterías —le interrumpió el inspector—. Por su culpa, hay cosas más importantes en riesgo de perderse... Sentémonos, Peyton y hablemos. Estaba seguro de que tendríamos un tropiezo, pero conozco a usted lo suficiente para no ignorar en qué momento va a dar el brazo a torcer. De todas las cosas que me ha ocultado, sólo en una hizo bien; no decirme que llevaba una pistola, porque se la hubiera quitado y entonces... Entonces no

hubiéramos tenido esta ocasión de hablar con la sinceridad que el asunto merece... Porque ahora es cuando creo que va a decirme todo lo que sabe, incluso el plan que usted tenía preparado... Y yo le garantizo, amigo Peyton, que no nos dolerán prendas, si lo vemos acertado, para reconocerlo así y ponerlo inmediatamente en práctica... ¿Qué me contesta?

—¿Por qué lo pregunta, si sabe que tiene la partida ganada? —dijo Jesse, sonriendo amigablemente.

Y el repórter empezó su declaración por dónde los policías menos esperaban.

—Ayer tarde me encontré con John Devoe. Fue a buscarme, porque presentía que iba a morir...

CAPÍTULO V

JESSE SE DESCONCIERTA

Subió por la amplia escalera de mármol. Todas las ventanas del enorme edificio estaban iluminadas. Un criado le abrió la puerta y Jesse pasó al vestíbulo. Mientras avanzaba por el sendero que señalaba la alfombra, empezó a desabrocharse el abrigo. Otros dos criados le aguardaban junto a la puerta del salón. Allí un caballero acababa de mostrar su tarjeta de invitado Peyton no la tenía, pero no le importaba. Su única preocupación en este momento era que se conociesen demasiado los dos zurcidos del frac. Un amigo del inspector Murphy se ofreció a dejarle el suyo, pero el periodista no quiso aceptar. Aquel deterioro de su ropa lo consideraba un buen augurio. El frac había sido perforado estando en la maleta. Aquella bala buscaba el cuerpo de Jesse. Esta noche, si en algún momento se sintiese vacilar, la vista de aquellos zurcidos le infundiría la entereza precisa.

Lentamente, con toda naturalidad, fue dejando en poder de uno de los criados el sombrero, la bufanda y el abrigo. Luego se alisó las solapas de la chaqueta y se quedó mirando al salón. El otro criado se inclinaba cortésmente pidiéndole con el gesto la tarjeta de invitado. Jesse no le miró siquiera.

—Prensa —dijo escuetamente.

Avanzó unos pasos. Se detuvo y observó al criado:

—¿El señor McPerry ha bajado ya?

—Sí, señor. Hace unos instantes...

—¿Con mucho vinagre dentro?

El criado —un hombre de pelo blanco y rostro seco, cruzado de arrugas— puso en juego todos los pliegues de su cara y fijó en el periodista unos ojos desorbitados.

—No se asuste, amigo —rióse Jesse—. Los dos trabajamos para el mismo amo...

Mentía. Llevaba ya varios años sin escribir una línea para McPerry. A medida que iba introduciéndose en el salón, sorteando los grupos de invitados, gozaba por anticipado el gesto que el viejo cascarrabias haría al verle en su casa. Pese a reconocer Jesse que el momento no era el más a propósito para el humorismo, no podía evitar su tendencia a la risa. Eso fue la causa de que un día abandonase el «Amplifier». Se había formado en aquel periódico, y seguramente seguiría aún en él si no hubiera llegado a sentirse incómodo debido al carácter de su manager, el avinagrado McPerry. Chocaron varias veces, pero un día Jesse se propuso echarlo todo por la borda. Entró, sin anunciarse, en el despacho del director y propietario del «Amplifier». «¡Mr. McPerry! —le gritó—. Al marcharme al frente dejé a usted tras de esa mesa con el mismo gesto agrio con que lo encuentro después de una conflagración que ha asolado a medio mundo. La contienda ha servido para que usted aumente sus millones. Sin embargo... ¡No puedo con usted y lo mando al diablo!». Sólo cuando sonó el portazo que dio al salir, con estridencias de cristales rotos, los atónitos ojos de McPerry despertaron.

Pero ahora, el gesto de estupor no fue precisamente McPerry quien lo hizo primero, sino Jesse. Fue al cruzar una barrera de invitados para dirigirse al departamento donde estaba instalado el «buffet», que se vio de pronto a un paso de quien menos podía imaginar: Mirtha Day. Primero fue el asombro que le producía aquel encuentro; luego, el sentimiento de admiración ante su belleza y la elegancia con que estaba realzada.

—¡Vaya! ¡Mi hermosa colega!

Jesse forzaba un tono jovial, sin conseguirlo. Aquel encuentro le había desconcertado.

—¿No le sorprende verme aquí?

—No, señor Peyton —contestó tranquilamente la joven—. Hace rato que le estoy esperando.

Esto pareció confundir más al repórter.

—Pero entonces...

Interrumpióse para dirigir en torno una mirada recelosa.

—Acompáñeme al «buffet»... Necesito beber algo. Y hablarle...

Sobré todo hablarle.

Ella no objetó nada. Uno al lado del otro, dirigiéronse al final del salón. Al pasar junto a un grupo, una señora muy alhajada se volvió para contemplar a la joven:

—¡Estás maravillosa, Gina!

—Gracias, señora Owens —murmuró Mirtha, forzando una sonrisa.

Jesse la miró intrigado:

—La ha llamado Gina...

—Mirtha Day es mi seudónimo... Mi nombre es Gina McPerry.

—¿Quéee? —Arrastró Jesse. Y de nuevo asomó en su rostro el gesto de estupor—. ¿Pariente acaso del... cascarrabias?

—Nada más hija.

La ventaja de poseer un buen sentido del humor era la facilidad que le proporcionaba para encajar los golpes.

—Ya. Y Murphy seguramente lo sabía... Bien. Insisto en que necesito beber algo.

—Fácilmente podrá hacerlo —repuso la joven, en el momento en que se asomaban a otra sala—. Ahí tiene de todo, hasta la bebida predilecta de papá...

—¿Vinagre?

—Exactamente.

—¡Bonita cara va a poner cuando me vea!

—Él también sabía que iba a venir, y ya le ha visto.

—¿Cuándo?

—En el momento de encontrarnos. Se hallaba precisamente detrás de usted.

—Me sorprende que no me haya zarandeado —comentó Jesse, al tiempo que cogía del «buffet» una copa conteniendo coñac.

La apuró de un solo trago. Al inclinarse para dejar la copa sobre la mesa, advirtió bajo el brazo derecho uno de los agoreros zurcidos. Esto le sirvió para desear cambiar de tono. Aquella situación equívoca debía quedar despejada cuanto antes. Pero en la habitación en que se hallaban no paraba de entrar y salir gente.

—Bien... Gina McPerry. ¿No habrá un sitio donde podamos hablar?

—En la biblioteca —contestó rápida, como si ya supiera que iba a hacerle esa pregunta—. Por aquí mismo podemos ir, sin necesidad

de que atravesemos el salón... Ah. Puede coger una botella de lo que prefiera. Tal vez tenga necesidad de volver a beber.

—Me temo que sí —respondió el repórter, cada vez más desconcertado por el aplomo que ella demostraba—. Seguiré su consejo.

Y efectivamente, cogió una botella medio llena de coñac, y una copa.

—Cuando usted quiera y por dónde usted diga.

—Por aquí.

Algunos de los que se hallaban en la habitación siguieron con la mirada a la pareja, hasta que desapareció tras una de las puertas que había en un ángulo de la estancia.

Jesse no se dio cuenta de aquella atención porque iba preocupado por alguien que acababa de ver en aquella estancia. Era un antiguo compañero del «Amplifier», el repórter gráfico Berg. Seguro que éste también le había visto, pero inmediatamente escabullóse.

—¡Sí, estoy desconcertado, no tengo por qué ocultarlo! —exclamó Jesse, así que los dos se hubieron sentado—. Hallar a usted aquí era lo que menos podía imaginar. Me ha dicho que sabía que yo iba a venir...

—Así es.

—¿Pero no habrá supuesto que vendría solo... después de lo que ha ocurrido?

Levantó el brazo derecho y con la otra mano indicó el zurcido.

—¿Sabe lo que significa esto?

—Tal vez... que está pidiendo otro nuevo —contestó ella, con una naturalidad que era toda ironía.

Esto sacó de quicio a Jesse. Se levantó de un, salto y con los ojos relampagueantes exclamó:

—¡Ahora soy yo quien le recomienda que abandone el tono de burla, señorita Day... o McPerry! Su situación no es nada halagüeña, puede usted creerlo.

—Síntese, señor Peyton. En situación más difícil se encontró usted, y en ningún momento dejó de sonreír. Eso seguramente fue lo que le salvó. Quiero imitar su ejemplo, a ver si a mí también me da buen resultado.

—Difícil lo veo.

—¿Por qué? ¿Porque la casa está invadida de policías?

El periodista se quedó mirándola fijamente.

—Desde luego, su serenidad es algo que llega a lo monstruoso.

—Nada de eso. Es, sencillamente, que no quiero ponerme nerviosa. Mi propósito es permanecer en cubierta, a pesar del temporal que usted ha desencadenado. Sí, no se admire. Ha sido usted quien ha deshecho todos mis planes al no resignarse a permanecer en aquella casa. Nada le hubiera sucedido si yo hubiese podido llegar al final.

—Un final que todavía ignoro cuál es.

—Aclarar la muerte de John Devoe... y lo que tras de ella hay oculto.

—¿Y de haber fracasado usted... un servidor?

Y con las manos completó la frase, haciendo ademán de algo que se desvanece en el aire.

—Tal como lo tenía planeado, no podía fracasar. El texto que apareció en el «Amplifier» anunciando esta fiesta, era el señuelo para hacer acudir a alguien, pero no a la policía. Usted lo ha echado por tierra...

—Y no porque ustedes no han empleado razones convincentes para quitarme de en medio —repuso Jesse, indicando de nuevo la perforación de su frac.

—Si con eso quiere usted aludir a la agresión de que hoy han sido objeto, estoy enterada porque tengo quién me informe, pero sepa que nada he tenido que ver en eso. No sonría. En nada puede interesarme que usted muera... en tanto lo de Devoe no se aclare. Sé que varios ojos están pendientes de que esa puerta se abra y nosotros salgamos, No son sólo los de los policías que han venido a salvaguardarle. Hay alguien que, tanto a usted como a mí, nos deben merecer más cuidado, porque ambos ignoramos quiénes son.

Gina McPerry se levantó. Su hermosa figura permaneció unos instantes inmóvil, como una soberbia escultura puesta para proyectar una llamarada de vida y belleza sobre la severidad de aquellas estanterías repletas de libros. En el sugestivo busto de la joven inicióse un leve temblor. Por unos instantes, la serenidad que hasta entonces había mostrado su rostro pareció romperse. Un fuerte brillo acudió a sus pupilas.

—Puedo ahora decirle que tuvo usted razón cuando aseguró que

su amigo no se había suicidado. Apenas hace dos horas que he tenido la prueba. La guardo aquí para que usted mismo se la entregue a la policía...

Se volvió de cara a las estanterías. Tras permanecer unos momentos observando los lomos de los libros, sacó un grueso volumen y luego introdujo una mano en el espacio que había quedado. La sacó sujetando una larga varilla, muy brillante.

—Es con lo mismo que mataron a Devoe. Ésta iba dirigida a mi madre.

Jesse cogió la larga aguja, en uno de cuyos extremos había una piedra anacarada. La varilla era de acero, de unos tres milímetros de grueso, con una punta muy aguda. El periodista permaneció unos momentos observándola.

—Y bien, ¿qué quiere que haga con esto?

—Entregársela al inspector Murphy. Un buen pretexto para que en vez de permanecer en el jardín entre en casa.

Peyton se disponía a manifestar su sorpresa de que la joven conociese el juego hasta en ese detalle, cuando ella se adelantó.

—No hay ninguna necesidad de que permanezca afuera, herido como se halla. El inspector Murphy estuvo ayer en la redacción y es seguro que allí tropezó con cosas obscuras... que yo no tendré reparo en aclararle ahora. Además, es conveniente que un policía presencie nuestra entrevista, y creo que el inspector Murphy es el más indicado, puesto que son ustedes amigos. Por esa puerta puede salir directamente al jardín. Yo les esperaré aquí.

—Ahora es usted quien ha echado todos mis planes a tierra. La red que hemos tendido a la casa, la conoce usted en todos sus hilos. Sí, es preciso advertir a Murphy.

—Esa puerta le conducirá al jardín.

—Vendremos enseguida.

Jesse abrió, sintiendo en su rostro el aliento de la noche fría. A unos cuantos pasos destacaban las enormes columnas que formaban una galería a todo lo largo de aquel lado del edificio. De pronto, oyó que la joven corría hacia él, gritando:

—¡Peyton! ¡No salga!

Jesse hizo un movimiento hacia atrás al tiempo que Gina empujaba la puerta y cerraba. Se oyó un ruido de madera rota, o de mueble que cruje por efecto del calor. A un palmo de la cara de

Gina McPerry, atravesando la puerta que acababa de cerrar, apuntaba una varilla de acero. Jesse tiró de la joven apartándola del marco de la puerta, y sacándose de una cartuchera perfectamente adaptada a la cintura una pequeña «*browning*», en un movimiento rapidísimo puso la bala en la recámara y enseguida abrió la puerta.

—¡No, Peyton! ¡No salga usted! —pidió Gina, en voz baja, traduciendo una gran angustia.

Pero ya el periodista se hallaba en la galería. Las ventanas iluminadas proyectaban rectángulos dorados sobre el reluciente suelo, pero estos retazos de luz no conseguían romper del todo la intensa obscuridad. Lo primero que hizo el periodista fue colocarse tras de uno de los pilares. La puerta de la biblioteca había quedado medio abierta y la luz que de allí salía le estorbaba.

—¡Cierre, señorita McPerry! —indicó, con voz bajísima.

La joven debió oírle, porque unos segundos después la puerta quedó cerrada. A pesar de que en el sitio en que el periodista permanecía se hallaba en plena obscuridad, pasó a otra columna. Miró a un extremo y otro de la galería. Luego, al jardín. Dejó transcurrir unos minutos. De pronto, por distintos senderos del jardín que conducían en los escalones del pasillo, entrevió unas formas vagas, y un suave crujir de grava, que cada vez sonaba más cerca.

—¡Peyton! ¿Está usted ahí?

Reconoció la voz de Murphy.

—Sí, inspector. Acérquese.

Varias siluetas de hombre se aproximaron a las columnas. De entre todas las figuras, destacaba la de Murphy, por lo pequeña y delgada.

—¿Qué sucede? —preguntó el policía, antes de haber llegado a dónde se hallaba el periodista—. Me avisaron que se encontraba en la biblioteca... Nos hemos situado aquí. Vimos abrirse la puerta, aparecer usted, meterse dentro y cerrar. Luego otra vez abrirse... ¿Qué es lo que pasa?

—¿No han visto a nadie que se escabullía? —preguntó Jesse.

—En absoluto.

—Tal vez se encuentre aún tras de alguna de estas columnas y está escuchándonos.

Sin necesidad de que nadie lo ordenara concretamente, los que

se habían acercado en compañía de Murphy se desplegaron a un extremo y otro de la galería. Poco a poco, fueron regresando a dónde les aguardaban el inspector y el periodista. Mientras, Peyton, sin dejar de vigilar, informó a Murphy de lo ocurrido.

—Eso es muy interesante —manifestó el policía—. Y todavía más el que esa joven desee que yo asista a su conversación. Vamos dentro.

Como si Gina les hubiese oído, se abrió en ese momento la puerta de la biblioteca. El inspector se volvió a sus subordinados.

—Camúflense por ahí, aunque me parece que no se repetirá la jugada.

Avanzó hacia el marco iluminado, donde ya se hallaba Jesse.

—Buenas noches, señorita McPerry. Gracias por invitarme a pasar, y por haber elegido esta puerta, interesante por todos conceptos...

Se quedó mirando atentamente la aguja clavada en la madura, hasta la misma piedra que servía de cabeza.

—¡Vaya! Un mortífero proyectil que tiene la ventaja de que pueden dispararlo sin producir el más mínimo ruido. Tal vez ha sido arrojado por el bastón de alguno de sus elegantes invitados. ¿No cree, señorita? Cierre la puerta, Peyton.

El periodista, antes de hacerlo, preguntó con la mirada si arrancaba la aguja.

—¡No, no! Déjala ahí. Mañana tendremos ocasión de examinarla mejor.

Así que Jesse hubo cerrado, los tres permanecieron unos momentos en silencio, observándose. El brazo derecho de Murphy permanecía doblado, la mano metida en la abertura del abrigo. Los ojillos del policía se animaron mirando al periodista y a la joven alternativamente.

—Bien, Peyton. Lleva usted un buen día. Por dos veces ha podido escapar. Veo que tenía usted razón cuando dijo que ese agujereado frac le daría suerte. Aunque en esta ocasión, si no llega a ser porque... ¿Me permite, señorita McPerry, que le tienda mi mano izquierda? Quiero darle las gracias por haber evitado que nos quedáramos sin periodista. Estoy seguro de que él todavía no se las ha dado. Efectos de la rivalidad profesional.

Efectivamente, el inspector Murphy estrechó la mano de Gina. Y

Jesse, que creía conocerlo bien, no halló ningún indicio de ironía en aquel saludo. ¿Es que Murphy ya estaba convencido de que aquella mujer era inocente?

La mano del policía y la de la joven mantuviéronse unos momentos cogidas.

—Su pulso apenas si está alterado... Me gusta eso temple de nervios. Y ahora, si le parece bien, sentémonos. El frío de ahí afuera me está fastidiando el brazo.

—¿Quiere coñac? —se apresuró a ofrecer la joven.

—Gracias. Me lo prohíbe el reglamento y el doctor. Nuestro amigo Peyton beberá por mí.

—No oigo que no —contestó animadamente el periodista—. Me lo merezco después de lo que ha ocurrido...

Llenó una copa hasta el borde. En el momento de levantarla, miró a Gina. Diríase que iba a brindar por ella. Pero sus palabras no pudieron sonar más frías:

—Que conste que me he dado cuenta de que me acaba usted de salvar la vida. También sé que gracias a su intervención el bestia de Bob no acabó conmigo cuando yo apenas podía defenderme. Pero tampoco olvido que ha sido usted quien me ha metido en el centro de este asunto, empleando un procedimiento de estilo *gángster*.

E instintivamente, una de sus manos acudió a acariciarse la nuca, que a la evocación del momento en que fue golpeada había empezado a dolerle.

—Vamos, Peyton —cortó el policía—. No hay que ser rencoroso. Quien le hizo esa faena no fue la señorita McPerry, sino Mirtha Day.

—Me sorprende que entre usted en el humorismo, inspector Murphy —exclamó el periodista, verdaderamente asombrado.

—Es exactamente lo que me sucede a mi viendo en usted ese viraje a la seriedad.

Pero lo que en Jesse sucedía en aquellos momentos era algo más que sentirse serio. Era una turbulencia de ideas, cual más opuesta, lo que se había volcado en su cerebro, enfrentándose unas con otras de manera que a los pocos segundos la confusión de Jesse era completa.

—¿Por qué no habla de una vez? —pidió, con voz destemplada, mirando duramente a la joven.

—Estoy esperando que el inspector lo ordene —contestó ella, sin

alterarse.

—La invito a que lo haga —rectificó el policía—. Aunque, ¿no cree que la presencia de su padre no estaría de más?

—¡No! —exclamó Gina, súbitamente alarmada—. Mi padre ignora totalmente lo que ocurre. La presencia del señor Peyton en nuestra casa la he justificado con parte de la verdad, pero lo esencial del asunto él lo ignora. Y es de todos nosotros quien más peligro corre. Esta noche tengo amigos que se encargan de custodiarle, sin que él lo sepa. La agresión frustrada de que hoy ha sido objeto, he procurado desviarla del verdadero motivo, aunque ignoro si lo he conseguido. La flecha se clavó en el asiento del coche, en el instante en que mi padre salía del periódico que tenemos en Richmond y se inclinaba para subir al vehículo. Parece imposible que no le haya dado, a no ser que únicamente pretendieran avisarle. He intentado despejar su preocupación achacándolo a rivalidades políticas. Y eso es cierto, inspector. La agresión procede de ahí. Pero mi padre ignora hasta qué punto es verdad. De lo contrario, quizá no hubiera experimentado la violenta reacción que en él se ha producido. Ha llamado al redactor jefe de nuestro periódico en Richmond y al de Nueva York convocándoles para mañana a primera hora.

Tras los gruesos cristales, veíanse los ojillos del policía relucir cada vez más vivos.

—¿Con qué fin? —preguntó, sin poder contenerse.

—Con el de desencadenar una campaña fulminante contra el candidato a senador Edwin O'Brien.

—Creo que no les será difícil encontrar eco en la multitud. No es persona recomendable, salvo que los electores opinen lo contrario. ¿Qué más?

—Qué esa campaña ningún periódico que pertenezca a mi padre puede desarrollarla —contestó, con voz angustiada, Gina.

—¿Por qué? Edwin O'Brien puede y debe ser combatido repuso el policía, con extraño acaloramiento.

La joven se incorporó y dio unos cuantos pasos, verdaderamente desasosegada. Se detuvo, de pronto, y se puso ambas manos sobre el rostro. Parecía que iba a sollozar. Los dos hombres se quedaron mirándola, con ansiosa expectación. Los afilados dedos de Gina fueron deslizándose lentos, hasta que el rostro quedó totalmente

descubierto. Sus delicadas facciones aparecieron contraídas en un gesto de dolor y en sus ojos había brillo de lágrimas.

—Mi padre no puede hacer nada, porque sin él saberlo, se encuentra en poder de O'Brien.

Hubo un dramático silencio. Tanto Murphy como el periodista, esperaban que Gina aclarase aquel punto.

—El motivo no puedo decirlo... por ahora.

El policía se puso de pie, para dar mayor fuerza a la réplica que iba a emitir, pero ella se adelantó.

—Con mi silencio va la vida de mi padre.

En aquel momento sonaron unos golpes en la puerta que daba al interior de la casa y enseguida se oyó una voz de hombre que decía, irritada:

—¡Gina! ¡Abre enseguida!

La joven perdió entonces el poco control que le quedaba sobre sí misma.

—¡Es él! —clamó, angustiada.

—Ábrale —indicó tranquilamente el policía.

Gina clavó en Murphy unos ojos llenos de desesperación:

—¡Pero no debe saber!

—Ábrale —insistió en el mismo tono el hombrecito.

Ella entonces volvió los ojos hacia el periodista, como pidiendo ayuda.

—Abra —dijo Jesse, gravemente—. Debe usted confiar en Murphy...

No insistió más. Y volviéndose, encaminó sus pasos hacia la puerta.

—¿No dirá nada... hasta saber...? —empezó Peyton, con voz muy baja, mirando a Murphy con ojos insinuantes.

—Cállese —cortó el policía—. ¿No acaba de decir que merezco confianza?

En aquel momento, se abrió la puerta de la biblioteca y entraba el viejo McPerry. Jesse, al verle, no pudo evitar el emocionarse. Era la vida de seis años atrás lo que aquel viejo le ponía delante.

CAPÍTULO VI

LA IRA DEL VIEJO

No miró a Peyton. Ni siquiera pareció advertir que también estaba Murphy. Con el rostro congestionado por la cólera, fue directo a dónde su hija se había situado.

—¿Qué significa esto, Gina? ¿Qué hecatombe estás provocando en nuestra casa?

En un ademán desesperado, se puso ambas manos en las hundidas sienes y sus ojos grises se quedaron unos instantes fijos en su hija. Diríase que de un momento a otro iba a saltar para agarrarse al cuello de Gina. Súbitamente dio unos pasos atrás y se dejó caer en un sillón. Transcurrieron unos segundos en que sólo se oyó la angustiosa respiración del viejo editor.

—Ayer me abrumaste con la publicación de un texto totalmente inadmisibile. Dijiste que había sido escrito recogiendo el sentir de todos mis amigos. Y me has mentido, Gina. Hace unos momentos he comprobado que mis amigos no sabían nada. He vuelto a conferenciar con Reynolds. Y todas las vaguedades que me soltó ayer, se han convertido hoy en respuestas terriblemente concretas. La nota la redactaste tú anteanoche, delante mismo de Reynolds, y llegaste a imponerte para que la publicara. La redacción ha tenido durante el día de ayer varias visitas de la policía. ¿Qué es esto?

Se levantó bruscamente y avanzó hacia donde su hija permanecía erguida, de nuevo serena.

—Esta fiesta ha sido cosa tuya. Tú has extendido las invitaciones. ¿Qué gente has traído aquí? ¡Contesta!

—He traído a tus amigos... y a dos amigos del malogrado senador Blyton.

—¿Y quién te ha dicho que yo quería recibirlos en mi casa? —

gritó McPerry fuera de sí.

—Tú leíste la nota y pudiste ver claramente que era una invitación a la cordialidad. Han transcurrido seis años desde su muerte y esas rivalidades absurdas sólo pueden favorecer a desaprensivos como O'Brien.

—Sabes de siempre que no quiero que te inmiscuyas en mis asuntos. He llevado la nave durante cuarenta años y todavía me quedan facultades para señalarle el rumbo. No quise nada con Blyton, y si viviera, tampoco ahora. Aún menos con sus amigos.

—¡Papá! —clamó Gina, con ojos aterrorizados.

—¡Los desenmascararé, siempre que se pongan a mi alcance! Lo mismo que voy a hacer con ese bandido de O'Brien.

—¡Papa! Quiero señalarte que el inspector Murphy está ante nosotros.

—¡Lo sé! No ignoro que la policía ha invadido nuestra casa. Los invitados también lo saben, y se están marchando.

Se volvió a mirar a Murphy. Era la primera vez que lo hacía.

—No por temor, ni desprecio a ustedes. Es por el tacto con que mi hija ha extendido las invitaciones. Además de los amigos de Blyton, has invitado a los secuaces de Nitker. ¿Desde cuándo tienes relación con la escoria?

—Hans Nitker es una de las primeras potencias financieras de Richmond, papá.

—Es un *gángster*.

—Nitker odia a O'Brien y nos conviene tenerlo a nuestro lado.

—¿Por qué? ¿Para qué?

El viejo McPerry parecía que de un momento a otro iba a ser presa de un ataque.

—¿Desde cuándo hemos necesitado la alianza de los bandidos? ¡Contéstame! ¿Qué monstruosidades son éstas?

Gina se disponía a hablar, pero un golpe de llanto se lo impidió. Se apresuró a ponerse las manos sobre el rostro.

—¡Dios mío!

Se dejó caer en un sillón, y volviendo la cara contra el respaldo, empezó a sollozar. Pero esto, en vez de apaciguar a su padre, aun le irritó más.

—¡No son lágrimas lo que necesito! ¡Quiero que me expliques...!

Extendió los brazos, convulso, para coger a su hija, cuando

Murphy dejó oír su voz:

—Un momento, señor McPerry. Creo que si deja que su hija se tranquilice...

Las llameantes pupilas del viejo permanecieron unos momentos buscando las del policía. Luego saltaron sobre las de Peyton. Inesperadamente, en la boca de McPerry estalló una carcajada.

—Vamos, mi rencoroso exsubordinado. Parece que voy comprendiendo. Siempre le han molestado mis millones. ¿Su visita obedece a que ha querido darse el gusto de ver cómo mi casa estalla?

—Si se tratara de usted solo, creo que sí. Esta noche me resulta más antipático que nunca —respondió fríamente Jesse, sin huir la mirada de su exjefe.

—Pero como aquí no estamos para dedicarnos a analizar afectos, vamos a ver si pasamos a algo más práctico —intervino Murphy, poniéndose junto a Gina.

—En primer lugar, creo que usted debía volver a la sala y atender a sus invitados, señor McPerry.

—*Mis* invitados no me necesitan. Los que son amigos, sabrán disculparme. Y los otros, no me importan. A estas horas ya no debe quedar nadie, a no ser que ustedes hayan ordenado que no salgan de aquí —manifestó, con rencoroso tono, el editor.

—No hay orden de coartar los movimientos de nadie... *todavía*, señor McPerry. Nuestra intervención en su casa hemos procurado desenvolverla en la mayor discreción. Si sus invitados se alejan, ellos sabrán sus motivos, y a partir de este instante nosotros también procuraremos averiguarlos. Y ya es hora de que usted sepa que algo más que una testarudez en rivalidades políticas interviene en este asunto. Hoy ha sido usted víctima de un atentado. ¿Nada le dice eso?

—Sí, Un intento de atemorizarme para que desista de lo que estoy preparando contra O'Brien.

—Otros hechos como el suyo se han producido. Y uno de ellos, por lo menos, no ha fallado. Una flecha semejante a la que hoy le han dirigido a usted, ayer mató a su exredactor John Devoe.

—¿Qué? —Y la fijeza con que se quedó mirando al policía hicieron que sus ojos adoptaran una posición estrábica—. Pero ¿John Devoe vivía aún?

—¿En qué se fundaba usted qué no? —preguntó rápido Murphy. McPerry se volvió a mirar en la dirección en que se hallaba Gina:

—Hace años que mi hija me anunció su muerte.

—¡Y te mentí! —exclamó la joven, poniéndose de pie—. ¡Devoe ha estado viviendo hasta ayer, con el único fin de torturarme!

Lo que acababa de manifestar Gina era sin duda lo que menos podían esperar ninguno de los presentes. Pero en particular el viejo, que quedó durante unos instantes como petrificado.

—Te ha torturado... —empezó a murmurar el editor, con voz muy obscura—. Gina: ¿a qué tiendes, con tanto absurdo?

—¡Es verdad, papá! Y te lo he ocultado para que tú no sufrieras... No hubieses podido hacer nada contra él. Te tenía en sus manos... ¿Recuerdas mis despilfarros en donativos anónimos a los damnificados por la guerra? ¡Es un horrible engaño! Todo ese dinero iba a parar a manos de Devoe...

—Pero ¿por qué? —inquirió el viejo, con voz apenas alterada, con una frialdad de muerte.

—Hace años, cuando Devoe regresó del Japón, enterado de que tú estabas en Nueva York, vino aquí, a Richmond, a nuestra casa. Pidió hablarme a solas...

En esta misma estancia se efectuó la entrevista. Se sentó ahí, en el sillón que tienes detrás. Empezó a explicarme que se encontraba enfermo. Que sentía el cerebro exhausto. Que odiaba ya la misión de escribir, que recurriría a todo antes que volver a redactar una sola línea... «Ni siquiera firmaré las cantidades que usted va a entregarme, a partir, de ahora», me dijo al final. Entonces me enseñó una carta tuya. ¡Algo horrible, papá!

—¿Qué carta? —preguntó el viejo.

Gina no respondió. Cerró los ojos, como si quisiese ocultar las lágrimas que acababan de acumularse en ellos.

—¡Respóndeme! ¿Qué carta es ésa?

—¡Papá! ¡Yo consideré desde el primer momento que aquellas líneas escritas en un momento de exasperación no reflejaban la verdad! Es tu manera de expresarte en los momentos de enfado... pero yo sé que tú eres incapaz de llegar a aquel extremo. Ningún valor hubieran tenido aquellas líneas si luego no hubiera ocurrido... *cierta desgracia*. Entonces fue cuando Devoe pensó sacar partido de

esa circunstancia que convertía tus imprudentes palabras en una arma poderosa, capaz de destruirte.

—¡Dime inmediatamente a qué se refiere!

—Nada te diré, papá... y menos en este momento. Únicamente quiero que sepas que desde aquel instante tuve que acatar todas las peticiones de dinero que Devoe quiso hacerme. Venía a Richmond cuando sabía que tú no estabas... Siempre de noche. A veces me parecía efectivamente muy enfermo. Creo que habíase entregado a las drogas... Hasta que, últimamente, sus peticiones eran ya tan exorbitantes que intenté negarme. Entonces me amenazó con entregar la carta a O'Brien. Accedí a lo que pedía... No obstante, esa carta ha ido a parar a manos de tu enemigo. O'Brien hará uso de ella tan pronto tú inicies la campaña contra él...

—¡Esa campaña va a empezar mañana mismo! —exclamó el viejo—. ¡Pronto voy a saber qué armas existen contra mí!

—¡No lo harás, papá! ¡Sería tu muerte!

—¡No me importa! ¡Nunca me he hecho la ilusión de vivir eternamente!

—Pero ¿no comprendes?... ¡Es algo peor que dejar de vivir! ¡Es la silla eléctrica!

Y la voz de Gina sonó tan desgarrada, que en un impulso incontenible Jesse acudió a estrecharla en sus brazos, en el momento en que la joven caía desvanecida...

Cruzó la plaza del Capitolio. El histórico edificio donde un día el general Robert Lee aceptó la jefatura de las fuerzas confederadas, parecía un juguete abandonado en la ancha plaza, asediado por las imponentes moles de los modernos rascacielos. Enfiló el coche por el puente de mayo y pasó el James River. Desembocó en la calle Decator, donde McPerry tenía la redacción del «Richmond World». Mucho antes de llegar, las enormes carteleras le subrayaron el edificio que buscaba.

Jesse paró el coche junto al bordillo de la acera y saltó a tierra. Cruzó un ancho portal al tiempo que de una garita encristalada salía un hombre uniformado.

—¿Qué desea?

—Hablar con el señor Sharman —contestó el repórter.

—¿A quién anuncio?

—A Jesse Peyton.

El empleado se metió en la garita. Manipuló en la centralilla y al momento salió.

Suba. Primera puerta a la derecha...

Jesse comenzó a subir por la ancha escalera de mármol. Sólo un tramo le separaba de la puerta por la que tenía que meterse, pero antes de llegar a ella, ésta se abrió y apareció Jim Sharman, el redactor jefe del «Richmond».

—¡Peyton! Pero ¿estoy soñando?

Los dos periodistas se abrazaron efusivamente. Aun después que se hubieron soltado, Sharman no parecía convencido de que Jesse se encontrase allí.

—Pero ¿qué diablo te ha empujado a este rincón?

—Jim, ¿te acuerdas del repórter gráfico Berg?

—¡Naturalmente! Ahora trabaja aquí.

—Anoche, en la fiesta, me pareció él... No tuve ocasión de hablarle. ¿Podría verle?

—Hoy no vendrá hasta muy tarde. Si quieres ir a su casa...

Le dio la dirección.

—Voy para allá. Si acaso nos cruzáramos, entretén a Berg hasta que yo vuelva. Es muy importante que yo hable con él.

Un cuarto de hora más tarde Peyton se hallaba en la otra orilla del río James, frente a una pequeña casa.

Pulsó el timbre. El mismo Berg salió a abrirle.

Jesse, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, miróle fijamente, sin pronunciar palabra, escrutando las reacciones que estaban produciéndose en el otro.

Berg, de pronto, pareció despertar. Sus ojos se animaron, sus facciones se contrajeron y un grito henchido de emoción se escapó de su boca:

—¡Peyton!... Pero ¿eres tú?

—¿Qué te extraña, Berg? Ya me viste anoche: respondió fríamente Jesse.

—¡No! ¿Dónde?

—En casa de McPerry.

Desde luego, su actitud de asombro no podía parecer más sincera.

—¡Tú en casa del viejo!... Aunque me hubiera dado de narices contigo no te hubiera podido reconocer.

—Ya me di cuenta...

—Pero, pasa —indicó Berg.

Peyton, sin sacar un solo instante su mano derecha del bolsillo del abrigo, se decidió a entrar.

Berg le condujo hasta una pequeña sala en la que reinaba el más completo desorden. Por cualquier parte se veían prendas de ropa, libros, revistas y restos de comida...

—¿Te preparo un *whisky*... a estilo de las Ardenas? —insinuó Berg, al tiempo que colocaba sobre una mesa una botella y dos vasos.

—No, gracias. Ya apenas bebo.

—Eso es decadencia, amigo.

—Tal vez... Y a propósito, Berg: Ya que has mencionado el período de las Ardenas... ¿Recuerdas nuestras etapas de Magdeburg?

—¿Cómo no? Es para lo único que no soy un desastre. Recuerdo todo. Para eso mi memoria es más eficaz que el objetivo de mi máquina.

El repórter gráfico rompió a reír.

—¡Mis máquinas debo decir! Seis perdí en toda la campaña...

—Y que a veces escapaste por pelos... Por ejemplo, en el accidente de Magdeburg... También Devoe tuvo suerte.

Berg se quedó pensativo:

—Sí, tuvo suerte. Y a mí me la debe... Fui yo quien en el momento de partir la caravana, cogí del brazo a Devoe e hice que montara en mi coche.

—¿No fuisteis en la escolta del senador Blyton?

—Ésa fue nuestra suerte. Se metieron en un campo de minas, y no quedó uno.

—¿Qué os indujo a cambiar de ruta?

—Tenía noticias de que en el sector del general Oursler iba a rendirse una división acorazada, con todo su Estado mayor. Llegamos a tiempo de presenciarlo...

—Recuerdo algunas de aquellas fotos.

—La censura no las autorizó. No había tal división acorazada ni flamante Estado mayor, sino un grupo de tanques agujereados y sin munición, y unos cuantos soldados heridos y famélicos, que no podían hacer otra cosa que rendirse.

—Recuerdo una foto en la que está Devoe hablando con el jefe del grupo, junto con el general Oursler, los tres sonriendo.

—Por esa sonrisa de nuestro general, la censura no la autorizó. Sonreír al enemigo es contra la disciplina... ¿Te acuerdas, Peyton? Pero nosotros nos reíamos de todo...

—Me interesa esa foto, Berg. ¿La conservas?

—Publicada, sí, seguramente... Todas las censuradas las publiqué después de la guerra...

Subió encima de una silla y alcanzó un montón de revistas que había dentro de un armario.

—Mi distracción favorita es ojearlas de vez en cuando...

Apenas dejó el montón sobre la mesa, fue a por más.

—¿Tendrías inconveniente en que me las llevara, Berg?

—No, porque confío en que me las devolverás.

—Las revisaremos juntos, pero no aquí. Hablaré con Sharman para que te deje libre el día.

Hubo un silencio. El repórter gráfico pareció meditar...

—Tengo aparte un ejemplar... Pero éste sí que te lo encarezco.

Se dirigió al armario, y tras permanecer allí unos momentos revolviendo objetos giró el cuerpo y se quedó parado, mirando a Peyton. En las manos de Berg había una revista enrollada, atada por el centro con una cinta verde. Sostenía con las dos manos el rollo de papel «cauché». Durante un segundo los ojos de ambos permanecieron mirándose a lo hondo. Berg hizo ademán de mover los brazos, cuando Peyton, haciéndose un paso atrás, gritó:

—¡Quieto, Berg!



—¡Quieto, Berg!

7 - ORDEN.

Pero el repórter gráfico, como si la advertencia de su amigo le hubiese sorprendido, hizo un movimiento con las manos encarando el rollo hacia Jesse. El periodista no se entretuvo en conminarle de nuevo, sino que en un magistral «plongeon» consiguió situarse al otro lado de la mesa. En tanto caía al suelo, Jesse cruzó los brazos

contra el pecho. Su mano derecha empuñaba una pistola; y en el momento en que sus codos chocaron contra el mosaico, disparó el arma. Sonaron dos detonaciones seguidas. Berg lanzó un alarido. La revista enrollada cayó pesadamente sobre una silla y de allí a la alfombra que había debajo. Una mano ensangrentada se agitó en el aire, y las paredes y los muebles fueron azotados con huellas de un rojo rabioso.

Peyton se incorporó y fue adonde había quedado la revista. Con un pie tanteó en varios sitios el tubo de papel. Se percibió un leve chasquido, como si una furiosa avispa saliese del tubo y se lanzase a volar a ras del suelo; tal fue la sensación que produjo al entrar en funciones el resorte oculto en el rollo. Una de las fatales agujas acabada de salir disparada a ras del piso y fue a clavarse en una pata de la mesa.

—¡Perfectamente, Berg! ¿Conque querías saber por dónde andaba Devoe?

Pero Berg no podía escucharle, aturdido por el dolor que le producían sus heridas: una, atravesándole un brazo; la otra, convirtiéndole la mano derecha en un muñón espantoso... Medio inconsciente, había retrocedido hasta dejarse caer en una silla. Sus piernas quedaron estiradas y comenzó a deslizarse, y a punto estaba de rodar al suelo cuando Jesse lo sujetó.

—Voy a vendar tus heridas, Berg. Me interesa que no te desangres. Vamos a irnos de aquí, porque espero que me des materia para mi mejor reportaje.

Entró en una de las habitaciones y volvió a salir trayendo una sábana que inmediatamente hizo a tiras.

—No hubo tal campo de minas, Berg —siguió Jesse, en tanto procedía a vendar la mano del fotógrafo—. El coche en que iba el senador Blyton y el teniente coronel Wendell saltó por los aires debido a un disparo de nuestra propia artillería. Dos horas después de que eso ocurriera estuvimos comentándolo tú, Devoe y yo. Se dio la versión del campo de minas para evitar el escándalo... Pero lo que ahora importa es que Devoe no estaba en la carretera de Magdeburg a la hora en que ocurrió el accidente, porque recuerdo que mientras comíamos referisteis lo ocurrido en el sector del general Oursler. Me enseñaste incluso las fotos tomadas en el momento en que se entregaban los alemanes. Y es cierto que hay

una en que aparece Devoe, en medio del general Oursler y el jefe alemán, los dos sonriendo... Me interesa esa foto, Berg.

—¿Para qué? —preguntó el herido, con voz apagada.

—Lo sabes demasiado... —contestó ásperamente Jesse.

Inmediatamente volvió la cabeza para oír mejor lo que estaba ocurriendo fuera de la casa. Un coche acababa de detenerse. Peyton empujó con el pie el mortífero rollo que todavía seguía en el suelo hasta situarlo en otra habitación, debajo de la cama. Luego fue a mirar por una de las ventanas abiertas. Apenas asomarse retrocedió, cerrando de golpe las maderas. Al mismo tiempo dos plomos chascaron contra las jambas. Peyton se volvió a mirar a Berg. Éste seguía sentado, intensamente pálido, con un fuerte brillo en los ojos. Al oír los disparos intentó levantarse, pero debió temer el mareo, o la pistola de Jesse, porque enseguida desistió. Sin embargo, su pasividad quedó rota. Una risa que quería ser rotunda, de triunfo, estalló en su boca, pero sonando destemplada, histérica. Cayó desvanecido.

Jesse no se entretuvo. Lo que ahora importaba era situarse en una posición que ofreciese algo de seguridad. Afortunadamente todas las ventanas tenían reja. Era de esperar que la primera embestida viniera por la puerta. Arrastró unos cuantos muebles colocándolos lo más pegados posible a la puerta y luego fue en busca de los colchones para echarlos encima de los muebles. En ese momento comenzaron a traquetear en torno a la cerradura rociadas de disparos. Jesse se tendió en el suelo, pegándose al ángulo que formaba la pared con el piso debajo de una de las ventanas. Varias balas consiguieron pasar la madera y chascaron contra distintos sitios, en trayectorias absurdas.

Los disparos no cesaban un solo instante. Cada vez sonaban más cerca.

Al poco, contra la puerta ya no sonaron disparos sino golpes, producidos seguramente con algún tronco.

De un momento a otro la puerta iba a ceder. Los goznes y el cerrojo comenzaban a saltar de la madera. Cada vez que sonaba el golpe, en una de las jambas se veía un ancho resquicio. Una de las hojas por fin cedió. Pero los muebles situados detrás impidieron que la entrada quedase enseguida despejada. Muy al contrario: la caída de la puerta sólo sirvió para que los obstáculos quedasen esparcidos

de forma que impedían un paso libre hasta la misma habitación en que esperaba Jesse.

Peyton había tenido tiempo de reponer de munición su pistola y aguardaba con los nervios tensos, tendido en el suelo, con medio cuerpo debajo de la mesa, y aprovechando el atrincheramiento que le brindaba un pequeño aparador. Su vista permanecía alerta a lo que ocurría en el vestíbulo y en la puerta situada a su izquierda. Vio allá delante cómo los muebles situados a la entrada eran arrastrados a un lado. Asomaban apenas unos brazos. Iba a producirse el asalto...

Éste no se hizo esperar. Como empujados por muelles, dos individuos irrumpieron en el vestíbulo, crujieron algunos muebles y varios disparos atronaron la casa. Ninguno de estos estallidos fue producido por el repórter. Permanecía en su sitio, el dedo puesto en el gatillo dispuesto a aprovechar el cuarto de segundo propicio. Los dos individuos que habían conseguido entrar habíanse situado cada uno a un lado del vano que daba paso a la habitación en que se hallaba Jesse.

Transcurrieron algunos segundos. Uno de los asaltantes asomó levemente la cabeza, retirándola enseguida. Posiblemente, al ver la mesa adosada a la puerta cerrada le hizo pensar que era en la otra habitación donde el peligro acechaba, porque acto seguido se le vio asomar sigilosamente, pisando tan lento y suave, que Jesse tuvo tiempo de recrearse en apuntar su pistola. Hubiera podido esperar, pero vio que el otro individuo también había dejado su refugio y echaba detrás. El repórter presionó el gatillo varias veces seguidas. Vio una pistola ametralladora que rebotaba sobre el mosaico y enseguida el desplome de un cuerpo humano. Siguió disparando, apuntando ahora al que había salido en segundo lugar, pero éste tuvo tiempo de retroceder y parapetarse en el sitio en que se hallaba antes. Desde allí comenzó a disparar contra el mueble que cubría a Jesse. Todo un costado del aparador comenzó a ser mordido, a desgajarse en gruesas astillas. Peyton se dio cuenta enseguida de que si persistía en permanecer en aquel sitio unos segundos más sería acribillado. Y dando un salto, pasó al otro lado.

En aquel momento el que disparaba salió corriendo de su escondite precipitándose en la estancia, cuando detrás de él sonaron varias descargas, y Jesse —que de pie en medio de la habitación se

disponía a disparar contra su enemigo, seguro de que éste también le alcanzaría— abrió unos ojos atónitos al reconocer a su contrincante y al mismo tiempo verlo caer aniquilado, sin que en ello Jesse hubiese tenido nada que ver.

Cayó de espaldas, cosido de arriba abajo por los disparos venidos del lado de la puerta derribada. Su corpulento cuerpo produjo un formidable estruendo al chocar contra el aparador, y luego contra el suelo. Era el mastodonte Bob.

Allá afuera sonó una voz inconfundible. Aquella voz estridente que, según la tía de Jesse, barrenaba en los oídos.

—¿Podemos entrar, Peyton?

—¡Pasen sin cuidado! —gritó alegremente el repórter—. A no ser que al amigo Berg se le ocurra hacer alguna tontería... —dijo, mirando el cuerpo inmóvil del fotógrafo.

Pero Berg había dejado de existir, atravesado mortalmente por uno de los disparos de sus propios compañeros.

—¡Murphy! ¡Un segundo de retraso y ya no hubiese habido reportaje!

Instantes después Peyton sentía deseos de salir afuera, en tanto los policías efectuaban sus diligencias. Su ceñudo semblante se transformó apenas salir. En el borde del montículo, al lado mismo de donde arrancaba el sendero, vio erguida la gentil figura de Gina McPerry.

—¿Cómo usted aquí? —preguntó Jesse, sintiendo que su ánimo se vestía de colorines y cascabeles.

La joven se volvió para mirarle. No quedaba en sus maravillosos ojos nada de la hostilidad de la noche anterior, si es que entonces la hubo. Por el contrario, una luz extraña, indefinida todavía, pero que a Peyton le producía mucho bien. Y, eso sí, una profunda, dramática tristeza asomaba y desaparecía, como siguiendo el vaivén de las turbulentas reacciones que en el alma de la joven se estaban produciendo.

—Gracias por su ayuda, Peyton... Aunque tal vez no remedie nada.

—¿Cómo no?... —exclamó Jesse, verdaderamente asombrado—. Ahí dentro queda Bob. Es la comprobación de que Nitker no le ayudaba... Además...

—Ya sé, Peyton —le interrumpió ella—. Pero de nada servirá

nada, si no hacemos desistir a mi padre. Esta mañana ha ido a la redacción y ha dado a las linotipias, él mismo, el original que abre la campaña contra O'Brien.

—No importa —contestó Jesse—. Nos queda tiempo para inutilizar la réplica de O'Brien... Y en último caso, lo que las razones no consigan lo conseguirá un simple detonador colocado en el punto adecuado de la rotativa. Desde anoche, tengo determinado que los papeles se truequen, y ser yo la pesadilla del «viejo»...

El inspector Murphy salió de la casa seguido del viejo McPerry. A continuación apareció un agente cargado con las revistas.

—¿De veras espera usted hallar algo interesante en esos papeles? —preguntó el inspector, dirigiéndose al repórter.

—Desde luego.

—Pero todas estas revistas son de después de la guerra...

—La fotografía que yo busco sólo pudo publicarse después de la guerra.

—Cada vez lo comprendo menos —repuso Murphy, pensativo—. No sé yo que la censura militar fuera tan severa como para prohibir una foto en la que apareciese uno de nuestros generales sonriendo a un jefe alemán prisionero...

—No es sólo la sonrisa, inspector. Fue que el general Oursler lo sentó a su mesa, en momentos en que la guerra entraba en una de sus etapas más feroces en momentos en que se daba a conocer la muerte del senador Blyton... Debe usted recordar las duras críticas que se suscitaron en el Congreso y en el Senado contra las «maneras» del general Oursler...

—Las recuerdo perfectamente.

—Pero lo que yo quisiera saber —gritó McPerry—, es la relación que existe entre esas anécdotas trasnochadas con un hecho tan actual y concreto como son los tres muertos que hay ahí dentro...

Se volvió a mirar a su hija, con ojos febricantes:

—¡Me has arrancado de la redacción con el pretexto de que iba a ver algo que dejaría resuelta esta situación! ¡Y sí que he visto! ¡Demasiado!

Comenzó a descender hacia la plazoleta donde estaban estacionados los coches. Gina, intensamente pálida, miró a Jesse y al policía.

—¡Señor McPerry!... —gritó el inspector—. ¿A dónde va?

—¡A mi puesto! ¡A la redacción!

—¡Espere!

—¡No acato órdenes de nadie! ¡Sé cuáles son mis derechos! ¡Si usted cree que puede hacerlo, deténgame!

Y tremante, con el rostro congestionado, se quedó plantado en mitad del sendero mirando desafiador al policía. Éste, tras un instante de silencio, encogióse de hombros.

—Le deseo suerte... obcecado señor.

McPerry soltó un gruñido, volvió la espalda y siguió sendero abajo. Gina hizo ademán de seguirle, pero Murphy la contuvo.

—Déjelo... En la carretera tengo apostados agentes que le seguirán. Ninguna ley me impide hacerlo...

¡Vaya con el viejo! Casi me explico por qué lo mandó usted al diablo... Aunque creo que ahora ya no lo haría usted.

—¡Posiblemente sí! —repuso Jesse, acalorado—. Esa testarudez que demuestra ahora la emplea siempre para la cosa más baladí... ¡Es exasperante!

—Pero creo que ahora usted aguantaría —insistió el inspector, con voz enigmática. Y en tono totalmente distinto, como si se tratase de otra cosa, preguntó—: ¿De veras no se conocían ustedes?

—Mi vida se ha desenvuelto en Richmond —contestó Gina, enrojeciendo sin saber por qué.

—Ni en el tiempo que yo trabajaba para él creo que sabía nadie que tenía una hija —manifestó Peyton—. Ni tuvimos nunca deseos de asomarnos a su vida íntima...

—Alguien sí que lo hizo —objetó rápido el policía—. John Devoe... Ha delinquido usted, señorita McPerry, en varios aspectos. Primero, al soportar durante seis años ese inicuo chantaje. Y segundo, porque suponiendo que toda esta trama fuera cierta —y usted así lo ha creído desde el primer momento—, contribuía a que Devoe, como ejecutor, y su padre como inductor, anduviesen sueltos, dejando impune un vil asesinato...

—La responsabilidad que en ello me pueda caber, no la rehuiré, inspector —respondió serenamente Gina.

—Está bien... ¿Por qué no vuelve a su casa? Acompañela usted, Peyton. Llévense las revistas y dedíquense a buscar...

Algo iba a oponer Jesse, pero el policía se adelantó:

—¡Por favor, Peyton, haga lo que le digo! Me queda hoy mucho

que hacer y si tengo a usted suelto no me desenvuelvo como yo quisiera... Cada vez que se me va usted de las manos me crea un conflicto. ¡Créame si le digo que le estoy tomando miedo! Gina: se lo confío a usted. Por muy poco tiempo, reténgamelo... No le será difícil.

Los ojillos de Murphy cabrillearon tras los gruesos cristales.

—Se halla usted en situación de poderlo «controlar» por algo más que unas horas.

Gina volvió a enrojecer y Jesse se sintió azorado.

—También yo empiezo a temer su diabólica intención, Murphy —contestó el periodista, cogiendo en un movimiento maquinal a Gina del brazo, echando sendero abajo apresuradamente, como si huyeran de algo.

—¿Diabólica? —murmuró el inspector—. Bah... Sencillamente humana...

Esperó hasta que el coche arrancó. Luego el hombrecillo metióse otra vez en la casa. Allí permaneció un largo rato, con otros agentes. Cuando de nuevo apareció, demostraba tener prisa. Antes de llegar al principio del sendero, miró el reloj.

—¡Vamos! ¡Vamos! —apremió, dirigiéndose a sus subordinados.

Murphy y tres agentes más montaron en el único coche que quedaba. Dos policías siguieron en la casa.

El coche salió de la plazoleta, enfiló el camino paralelo al canal y en pocos minutos salió a la pista. Ante una gasolinera se detuvo. El inspector seguido de un agente, se apearon y dirigiéronse a la cabina del teléfono, Murphy cogió con su mano izquierda el auricular. Al salir de la cabina volvió a mirar el reloj. Ya no parecía tener prisa.

Al subir en el coche indicó al conductor:

—Sin correr mucho. Hay que darles tiempo...

CAPÍTULO VII

EL LOBO

La rechoncha figura de Hans Nitker rebasó el crucero del ventanal al hacerse a un lado para poder mirar a la alameda. El coche surgió de la compacta masa de árboles y fue deslizándose hasta el pie de la escalinata. Primero fue el chofer quién se apeó, apresurándose a abrir la portezuela de los asientos posteriores. Asomó una pierna de sugestiva línea; luego la esbelta, inconfundible figura de Gina McPerry. Hans Nitker permaneció unos segundos absorto en la contemplación de aquella soberbia escultura. Su abstracción quedó enseguida rota. Por la portezuela contraria alguien más acababa de apearse...

Al reconocerle, Nitker sonrió. Bien. Necesitaba abreviar y las cosas parecían ponerse de su lado. Se apartó del ventanal. La joven había comenzado a subir por la escalera, seguida del repórter y del chofer, estos dos cargados con revistas. Oyó abrir la puerta y la voz del criado seguramente anunciándoles la visita. Enseguida, el precipitado taconeo de Gina aproximándose a la sala en que se hallaba Nitker. Se abrió la puerta.

—¡Pero!...

El asombro que la presencia de aquel hombre le producía le impidió terminar la frase. La joven, de una manera casi maquinal, fue avanzando de cara a aquel hombre robusto, pero algo enano debido a su obesidad, de cara ancha y resplandeciente. Unos ojos negros y hundidos, llenos de vigor, parecían estar desnudando a la joven a medida que ésta se acercaba. Su ancha y abultada frente daba la sensación de algo poderoso y temible, de una formidable granada siempre a punto de estallar.

Un poco después que Gina, había entrado Peyton, cargado con

sus revistas. Sin parecer notar la presencia de Nitker, dejó su carga sobre una mesita y enseguida salió, para volver de nuevo con otro brazado de papeles. Los dejó al lado de los otros y entonces se volvió hacia la puerta, la cerró y anduvo hacia el centro, de la sala, situándose a cortés distancia del grupo que formaban la joven y el visitante. Ella había roto el silencio unos momentos antes.

—¡No imaginaba que usted osara nunca pisar esta casa, Nitker!

—Muchas son las cosas que usted no ha podido pensar, Gina —respondió pausadamente Hans.

A pesar de la tranquilidad con que parecía hablar, su voz sonaba dura, pronta a restallar.

—No permanezca alejado, señor... ¿Peyton, creo?... Acérquese. Es muy importante para su... «reportaje» lo que la señorita McPerry y yo vamos a tratar. He venido personalmente para recordarle la condición primordial que pusimos a nuestro pacto. ¿No recuerda, Gina? Yo le prestaba mi ayuda hasta determinada fecha, con una sola condición: jugar limpio.

—¡Exactamente, Nitker! —Manifestó la joven, con voz todavía más firme que la de él—. ¡Jugar limpio! ¡Y desde el primer momento ha entorpecido, mis pasos! ¡Sus hombres mataron a Devoe cuando ya lo tenía acorralado! ¡Sus hombres han matado esta mañana a Berg... y han intentado asesinar al señor Peyton, aquí presente! ¡Eso no podrá usted negarlo, Nitker! ¡Uno de los que han intervenido ha sido Bob, y su cadáver se encuentra en poder de la policía!

—No intento negar nada, señorita McPerry —repuso Hans, con voz extremadamente jovial—. Nada en absoluto... Únicamente que usted tendrá que demostrar que Bob y los que le acompañaban trabajaban a mis órdenes. Tal vez eso le resulte difícil, encantadora Gina... Soy un poco experimentado en esta clase de juegos y sería estúpido que en la plenitud de mi carrera cayese en una trampa tan burda como la que O'Brien por un lado, y ustedes por el otro, me habían tendido.

Se sentó. Cabalgó una pierna sobre la otra, pero esta postura enseguida le resultó incómoda y optó por permanecer con una pierna encogida y otra estirada.

—O'Brien se presenta a senador llevando como programa la destrucción de los «lobos con piel de cordero». Uno de esos lobos

soy yo. Por otro lado, su padre recela de las intenciones de O'Brien y de la camarilla del gobernador, y prepara sus baterías para destruirlos. Yo me froto las manos porque ustedes, sin yo pretenderlo, me van a limpiar el camino. De pronto veo que los preparativos se suspenden. Hago averiguaciones, y entonces es cuando usted misma viene a exponerme lo que pasa. En poder de O'Brien hay algo que compromete a su padre y usted no vacila en solicitar la ayuda del «lobo con piel de cordero». Pero yo he vivido bastante, señorita McPerry...

La abultada frente de Hans Nitker pareció traslucir el bullicio de ideas que se estaban produciendo en aquella robusta cabeza.

—Yo mismo le sugerí que lo de Devoe no fuese más que una argucia para sacarles dinero y le propuse unos medios para evitarlo. Pero tenía que asegurarme de ustedes. Si O'Brien disponía de un arma contra su padre, tan pronto se la hubiésemos arrebatado ustedes debían lanzar sus periódicos contra él. Le señalé un plazo. En el caso de que usted fracasase, en esa fecha —hoy mismo—, la iniciativa debía pasar a mis manos. ¿No es así?

—Exacto... Pero...

—Un momento, Gina. ¿Oyó usted, señor Peyton? La hija de McPerry asiente a lo que acabo de expresar... Voy a anticiparme a lo que usted seguramente iba a decir. Yo le he facilitado unos hombres que en vez de ayudarla la han obstaculizado. Más todavía, señorita McPerry. Ha corrido usted el riesgo de que la aniquilaran... pero en eso no he tenido nada que ver. Hasta esta mañana he ignorado que esos hombres trabajaban a las órdenes de O'Brien. Esto que digo puedo probarlo. Igual que fingían trabajar para usted, simulaban estar conmigo... No le quepa duda de que esto quedará demostrado. Pero, una vez dicho esto...

Hans Nitker sonrió. Sus ojos fulgieron, divertidos. Lentamente se puso de pie y avanzó hacia un ángulo del salón. Inclínose tras el respaldo de un sofá y cuando se irguió sostenía un hilo eléctrico. Con él en las manos se quedó mirando a la pareja. Enseguida dio un formidable tirón y se oyó crujir el mueble. El hilo quedó roto.

—Hasta este momento me interesaba que Murphy interviniera nuestra conversación —siguió Nitker, volviendo al sitio de antes—. Ya ve cómo mi visita a esta casa no era tan inesperada para todos. Apenas he encontrado dificultades para llegar aquí. En realidad,

todo han sido facilidades. Y esto me ha hecho pensar. Murphy y yo somos viejos amigos. Casi me pesa que no pueda oírme esto: La Policía opina que los delincuentes se repiten en sus delitos. Los delincuentes sabrán si eso es verdad. Lo que yo puedo decir es que, la Policía no es muy rica en inventiva. A ojos cerrados sé los pasos que Murphy está dando. Se repite demasiado... Y es lástima. El adversario que lo pretenda lo hará caer en la encerrona más ridícula, capaz de estropear su brillante carrera. Lo sentiré, porque le aprecio... Ustedes mismos estoy seguro de que han venido aquí inducidos por él. ¿No es cierto? Posiblemente a estas horas la casa esté rodeada de policía... ¡Ingenuo Murphy!

Una rotunda carcajada salió de la boca de Hans. Se quedó mirando a los dos jóvenes. Los ojos de Peyton fulgían, absorbiendo todos los gestos de Nitker, horadándole el potente cráneo, como queriendo anticiparse a todo lo que su desconcertante conversación estaba expresando.

—Por no llevar armas, no llevo ni mi habitual cortaplumas. Así que, señor Peyton, si no quiere preocuparse del peso que lleva en su sobaquera, hágalo en toda confianza y así podrá prestar más atención a lo que voy a decirles. Mis armas, en todo caso, son dos simples cartulinas que llevo en uno de los bolsillos y que en el momento oportuno sacaré, pero desde luego, señor Peyton, anunciándole el movimiento de mi mano, no sea que usted se precipite... ¿Qué quería yo decirle, Gina?... Ah, sí. Quería preguntarle: Suponiendo que usted hubiese destruido el resorte que O'Brien posee contra su padre, ¿la campaña contra él se hubiese desencadenado con toda la potencia que usted me anunció?

—¡Sí! —contestó ella, sin vacilar.

—Bien. Vamos a darlo por bueno. O'Brien está destruido. El gobernador mismo siente que su poltrona vacila. Las elecciones están ya tan encima, que es imposible contraatacar. El Estado de Virginia va a verse al fin en sus románticos tiempos. ¿«Qué ocurrirá después, señorita McPerry? Ya se ha conseguido que el poder esté en manos limpias y conciencias sanas, al gusto de su señor padre. ¿Qué es lo que va a pasan entonces, Gina? Los “lobos con piel de cordero”, ¿estaremos seguros? ¡Con qué facilidad se nos podrá aplastar la cabeza! Veo ya al iracundo McPerry en lo alto de sus dos periódicos dando la fulminante orden: “¡A ellos!”. Sus redactores

desplegarán como verdaderos bravos. Veo en sus filas, llevando la delantera, al señor Peyton... Sí, no se extrañe. Su hostilidad con el “viejo” puede entonces haber cesado... por motivos nada difíciles de comprender. No enrojezca, Gina. No tiene por qué avergonzarse. Todo eso es muy hermoso. Hasta su rubor resulta bello... Además, cuánto estoy diciendo no son más que suposiciones... que, voy a serle sincero, no me son nada agradables. ¿Sabe por qué? Pues porque el papel del señor Peyton lo había, soñado para mí... Sí, Gina. Este rechoncho Hans Nitker, en la cumbre de su carrera cometió un error: enamorarse de usted hasta el extremo de ilusionarse con que un día usted le correspondería. Yo sabía que usted iba a fracasar contra O'Brien, y me previne para, cuando usted cejase, ser yo quien se enfrentase con él. Era el momento por mi soñado; usted, considerándolo todo perdido; la soberbia de su padre, humillada... Entonces mi mano, la del “lobo”, que los incorpora de nuevo. Yo no hubiera fracasado. Sé cómo se lucha contra, sujetos como O'Brien...».

Volvió a reír, divertido por el asombro que reflejaban los ojos de ambos jóvenes.

—¿Les desconcierta mí... cinismo? Es lo mismo que no hace mucho me ha sucedido a mí, al observarme sin niebla en los ojos. Vamos, Gina. Compáreme con el señor Peyton y suelte la carcajada... No me gusta verla tan seria.

—Desde luego, no conocía a usted —manifestó ella, sin abandonar su gesto de estupor.

—¿Me suponía incapaz de jugar limpio?

—¡Usted nunca ha jugado limpio! —replicó Gina ásperamente.

—Sí lo dice por Bob, le garantizo que ignoraba el doble juego que llevaban, de lo contrario me hubiera guardado muy bien de poner en peligro su vida, demasiado preciosa para mí. Lo he descubierto hoy: El doble juego del candidato a Senador, y el que ustedes se llevaban conmigo, Las linotipias de su padre están ya trabajando contra mí. ¡Qué fácil va a ser rascar en el pasado de tenebrosos individuos como Hans Nitker!... Pero les anticipo que no conseguirán nada. Mi prestigio moral me importa un comino. Nunca ha pasado por mi imaginación presentarme ante el comicio electoral. Mi poder está en otra parte... Solamente conseguirán que les abandone en el temporal que ustedes acaban de desencadenar.

El joven Peyton y Murphy se encargarán de salvarles. Estén listos... Ahora, señor Peyton, le anuncio que voy a meter la mano en uno de mis bolsillos interiores... ¿Puedo hacerlo?

El repórter no contestó. Nitker esperó unos instantes, e interpretando aquel silencio por autorización, introdujo su mano derecha por la abertura de la americana. Sacó un sobre y del interior de este dos copias fotográficas de dos textos manuscritos.

—Las manos que sacaron estas copias pudieron llegar a la caja secreta de O'Brien, obedeciendo mis órdenes. Igualmente hubieran podido coger el original... pero me lo reservaba para cuando usted se considerase vencida.

Tanto Gina como Jesse no pudieron ocultar su ansiedad al coger las cartulinas que Hans ofrecía les con una deferencia llena de ironía. Allí estaba, en una de las fotocopias, la abrumadora prueba contra el viejo McPerry. Unas convulsas líneas dirigidas a John Devoe.

«... Y entienda esto, Devoe: Ahí donde tanta metralla se despilfarra, cuando un trozo de ella haya acabado con Blyton, me hablará de ese farsante...».

—Fue usted ingenua al caer en este chantaje —dijo Nitker—. Hace seis años, cuando Devoe la conminó, era el momento de que usted hiciese lo que ahora ha intentado. Habría evitado que O'Brien cayera sobre Devoe, y no sólo le arrebatara ese documento sino que lo reforzara con una declaración de puño y letra del chantajista.

Se refería a la segunda fotocopia. Una carta de John dirigida a O'Brien comunicándole que se sentía en peligro de muerte, y en la que declaraba haber atentado contra Blyton, instigado por McPerry...

—¡Pero eso es falso! —exclamó Gina—. ¡Cómo Devoe ha podido llegar a semejante infamia!... Siempre creí que sus amenazas tendían sólo a asegurarse mis entregas de dinero, pero nunca le consideré capaz de llegar a este extremo.

—Devoe estaba loco —manifestó Hans—. Creo que siempre lo estuvo... ¿No es así, Peyton? Luego las drogas... Con ellas lo ha tenido sujeto nuestro flamante candidato a senador.

—¡No le valdrá de nada! —dijo Jesse—. O'Brien, o quien sea, verá pronto que su fortaleza no es más que una débil pared de arena. Demasiados muertos han quedado en el camino para que la

Policía no sepa a dónde dirigir los pasos. Y en cuanto a Devoe, no será nada difícil demostrar que en el momento en que murió Blyton, John se hallaba a un centenar de millas... ¡Yo sé bien que fue nuestra artillería la que por error hizo volar el coche en que iba el senador y el teniente coronel Wendell! Las circunstancias qué imponían mantener esto en secreto han pasado. No será difícil una revisión que eche por tierra esa argucia...

Sonó de nuevo la risa de Nitker.

—Señor Peyton: ¿De veras considera fácil esa revisión?

—Desde luego.

—Permítame que lo dude. Muchos de los que entonces contribuyeron a silenciar ese lamentable error, eran simples jefecillos, pero hoy son grandes personajes. De iniciarse ese proceso, a todos alcanzaría una salpicadura. No creo que el Estado considere que las circunstancias son oportunas para malgastar a algunos de sus más preclaros hombres... Es extraño que usted, ducho en ésta, clase de atolladeros de las altas esferas, no lo vea así. Y Murphy todavía más. ¡Pobre inspector! Adivino ya el batacazo con que va a terminar su carrera... y no siento deseos de reír. ¿Qué piensa usted, Gina? A primeras horas de mañana, tendremos un periódico aquí y otro en Nueva York anunciando a grandes titulares la ofensiva de depuración. Mi nombre irá junto al de O'Brien. ¡Curiosa alianza, en verdad! Pero mi nombre importa poco. Yo me limitaré a sonreír... Pero O'Brien, a la media hora, ya habrá presentado su acusación a todos los periódicos... ¡Bonita la que se avecina!

Y tal vez sin proponérselo, Nitker había conseguido que aquellos dos jóvenes se sintiesen abrumados. Peyton se daba cuenta de que lo que aquel hombre decía era demasiado verdad. Cuando intentasen demostrar cómo había muerto el senador Blyton, tropezarían con infinidad de intereses en contra y aquel debate derivaría a un terreno excesivamente peligroso, que tal vez afectase a la seguridad del Estado.

Gina, por su parte, tampoco se hacía muchas ilusiones con que el nombre de su padre saliese limpio de aquellas turbulencias. La angustia por momentos la atenazaba con mayor fuerza. Hubo un instante en que no pudiendo contenerse se dejó caer en un sillón y cubriéndose el rostro con las manos comenzó a sollozar.

—¿Qué debo hacer, Dios mío?... ¡He intentado que mi padre

desistiera, y ha sido imposible! ¡Yo le juro, Nitker, que en ningún momento he pensado obrar contra usted!

Hans miró hacia otro lado. Nunca sus negras pupilas tuvieron un brillo tan intenso.

—¡Cálmese, Gina! Yo la creo... Pero lo que yo pueda pensar no tiene ninguna importancia.

—Tiene mucha, Nitker —dijo resueltamente Jesse, avanzando hasta situarse delante de Hans, quien acababa de sentarse junto al ventanal—. Díganos el verdadero motivo que le ha hecho venir aquí. Yo no creo que haya sido para regodearse en la amarga situación en que se halla esta joven... No quiero ocultarle que los tipos como usted me agradan, y que no tendría inconveniente en ponerme en sus manos. Dígame la solución que ve usted.

Hans levantó lentamente la cabeza, para enfocar con sus brillantes ojos las tenaces pupilas del periodista.

—¿Cómo es eso? ¿Es que ve el asunto perdido?

—Al contrario. Disponemos ya de suficientes elementos para considerar nuestro el triunfo. Pero lo que usted ha apuntado es verdad: Van a suscitarse cuestiones que tal vez hagan demasiada amarga la victoria... Usted ha dicho que sabe luchar contra sujetos como O'Brien.

—Sí... Es una táctica sencilla: No tener muchos escrúpulos en el juego... El inspector Murphy la conoce muy bien, pero es incapaz de aplicarla.

—Él es un policía —repuso vivamente Jesse—. Los deberes que a él pueden retenerle, a mí no... Soy un repórter que, sin buscarlo, se ha visto empujado a un tenebroso asunto. He visto morir a un amigo... Yo mismo he sentido el aliento de los asesinos, pretendiendo eliminarme. Desde un principio quise desenvolverme al margen de la Policía. Pero cuando no he tenido más remedio que colaborar con ellos, lo he hecho lealmente. Las cosas han llegado a un punto en que vuelve a ser necesaria mi táctica del principio. Posiblemente Murphy también lo reconozca así, pero su situación le impide manifestarlo. Veo claramente el interés que tenía porque la señorita McPerry y yo viniéramos a esta casa, donde supuso que usted vendría... Sospecho que lo hace para que yo le proponga lo que él se encuentra en la imposibilidad de hacer. Y si no es así, da lo mismo...

—¿Qué es lo que va a proponerme? —preguntó lentamente Hans.

—Lo que usted está pensando: Echar por el camino de en medio.

Hubo un silencio. Gina, absorta, miraba a uno y otro hombre, tratando de comprender.

—Si acepto será con una condición... que tal vez le parezca absurda —contestó Hans.

—¡Dígala!

—Jugaremos sucio contra O'Brien... pero sólo usted y yo intervendremos en el juego. Si cae alguien de los dos... o los dos, mala suerte.

Sus brillantes, vigorosas pupilas enfocaron por unos momentos a Gina, y enseguida se volvieron para horadar en las del periodista.

—¿Qué me contesta?

Jesse aguantó su mirada y avanzó un paso hacia Hans.

—¡Acepto! —contestó Peyton, tendiéndole la mano y sin dejar de mirarle de hito en hito.

Nitker se puso en pie, y estrechando la mano del periodista dijo:

—¡Lo celebro!

—¡Señor Peyton! ¡Nitker!... ¿Qué es lo que están tramando?

—Nada —contestó Hans—. Yo, darme el gusto de volver a mis antiguos tiempos. Y aquí, el dinámico repórter, tener ocasión de vivir un interesante reportaje, y... *algo más*, señorita McPerry, si la suerte y usted se ponen de su parte.

—¡Déjese de bromas, Hans! ¡No consentiré que se expongan locamente!

—¡Gállese, Gina! ¡Miren qué a punto llega Murphy! —interrumpió Nitker, acercándose a los cristales—. ¿Habrá en esta sala otro micrófono?

Los tres se agolparon al ventanal, en el momento en que al pie de la escalinata se detenía un coche. Se apeó Murphy seguido de dos agentes.

—¡Se lo diré al inspector! —profirió Gina.

—Usted es quién perdería —repuso Hans—. Seguramente Murphy lo sabe... pero hará por ignorarlo hasta el último momento. No cierre usted la única salida eficaz que le queda a este asunto...

Los hermosos ojos de Gina miraron angustiados e interrogativos los de Jesse.

—No diga nada —le pidió éste.

En aquel momento se abría la puerta y asomaba el inspector. Entró sin que le siguieran los dos agentes. Cerró la puerta tras de sí, y siempre manteniendo el brazo derecho en la abertura del abrigo, permaneció unos momentos parado, mirando al grupo por debajo de los lentes. Después, sin que su semblante hubiese sufrido el más leve cambio al ver allí a Nitker, avanzó hasta ellos.

—Me sorprende encontrarle aquí, Nitker.

—¿Es eso cierto, Murphy? —inquirió Hans, con marcada ironía —. ¿No lo sabía?

—Sí. Pero me he retrasado demasiado y ya no confiaba hallarle.

—Si tarda un poco más no me hubiera visto. Me iba ya...

—Tal vez hubiera sido mejor para usted —repuso gravemente el policía—. ¿Lleva armas, Nitker?

—Hace tiempo que no nos vemos, inspector... y temo que me confunda con otro. Mi única arma suele ser el talonario de cheques.

—Lo celebro. Mis apreciaciones quizá sean un poco anticuadas.

Se calló unos momentos. Los cristales de sus lentes relumbraron al girar la cabeza y coger de frente la luz del ventanal. Sus ojillos parecían empeñados en reducir su tamaño al ir mirando de uno en uno a los presentes. Ni una sola vez dirigió la vista al ángulo de la sala en el que se hallaba el mueble sobre el que se veía el cable roto.

—Vengo a detenerle, Nitker. Encontrarle aquí me evita ir a buscarle. Le agradezco esta facilidad. No crea que no la necesite.

—¿No bromea, Murphy? —inquirió Hans, sin abandonar su sonrisa.

—Si usted no me confunde con otro, sabrá que no. Pesan cargos muy graves contra usted.

—Todos quedarán desvanecidos.

—Seré el primero en celebrarlo. Pero en tanto eso llega, usted se vendrá conmigo.

De la forma con que iba desenvolviéndose la conversación, parecía que estuviesen hablando en broma. Peyton así lo creyó en principio. Pero el relampagueo que sorprendió en los ojos de Nitker, en el momento en que este dirigíale una furtiva mirada, le hizo cambiar.

—Existe un inconveniente, Murphy —objetó Hans, sin alterar la

voz lo más mínimo—. Le acompañaría muy gustoso, porque tengo grandes deseos de mantener un rato de conversación con usted, pero de momento me es imposible. Si accedo a acompañarle, voy a perder unas horas preciosas.

—Lo siento, pero tendrá que acceder —contestó impasible el policía.

—También yo lo siento, Murphy —exclamó Jesse, al tiempo que en un rápido ademán le inmovilizaba el trazo izquierdo al inspector y le ponía una mano en la boca.

Gina parecía dispuesta a gritar, cuando Peyton y Hans la asaetearon con la mirada.

—Su amigo Peyton ya ha dado un paso por el camino de en medio —murmuró con sorna Nitker—. Usted decidirá si lo dejamos en la estacada.

Gina se quedó mirando al inspector, que hacía desesperados esfuerzos por soltarse, o al menos poder gritar. Luego miró a Jesse, quien tenía el rostro congestionado por el trabajo que le daba mantener sujeto aquel hombrecillo, al que no quería lastimar, como no fuese imprescindible.

La hija de McPerry se cercioró entonces de que la cosa iba de veras. Más aun al ver que Hans se lanzaba sobre las piernas del inspector, se las levantaba, y entre él y Peyton lo trasladaban a la habitación inmediata. Un silencio dramático reinó en la estancia. Gina había quedado inmóvil, como si la precipitación y lo absurdo de las cosas la hubiesen petrificado. Poco a poco, fue recobrándose. Miró en torno. Y de pronto sus ojos tropezaron con los lentes de Murphy, que habían quedado sobre la alfombra, roto uno de los cristales. Entonces miró aterrorizada hacia la puerta abierta del fondo del salón. Corrió hacia allí. En aquel momento, asomaban Jesse y Hans.

—¿Por dónde podremos salir, sin necesidad de pasar por el vestíbulo? —preguntó Nitker.

Pero antes de que la joven tuviera tiempo de responder, se adelantó Jesse.

—No diga nada. No tiene necesidad de ser nuestro cómplice. Conozco el camino de la biblioteca.

No había sarcasmo en las palabras del periodista, pero a Gina le sonaron a amargo reproche de que ella, se mostrase indecisa cuando

ellos iban a arriesgarlo todo.

—Si no es pedirle mucho —siguió Jesse, ahora sí que con un tono intencionado—, finja un desvanecimiento... o que la hemos golpeado, y no vaya a desatarle hasta transcurrido un buen rato.

—Con cinco minutos nos sobra —corrigió Hans—. ¡Vámonos!

Habían los dos hombres vuelto la espalda para marcharse atravesando la habitación que les conduciría a la biblioteca, cuando Gina exclamó, poniendo en las palabras toda su alma:

—Les deseo suerte... ¡a los dos!

CAPÍTULO VIII

HA FALLADO UN RESORTE

Al saltar del *baquet* se sacudió, sucio de serrín y con muchas briznas de madera y virutas adheridas a la ropa. El patio donde iba a entrar imponía por su limpieza. Pataleó un poco sobre la acera, como si con ello fuera a dejar limpias las botas exageradamente cargadas de barro. El portero, al adivinar que iba a entrar, corrió a su encuentro.

—¿Qué quiere? —le preguntó sin mirarle.

El que acababa de apearse del camión respondió, sin dejar de sacudirse:

—Traemos una carga de leña para el quinto piso.

El portero pareció extrañado:

—¿Para el quinto piso?

—Creo que sí —respondió el otro, tranquilamente. Y dejando de sacudirse, se metió una mano en los bolsillos y sacó una sucia cartera atiborrada de papeles no menos sucios. Cogió uno, que llevaba el membrete de una serrería—. Para el señor O'Brien dice aquí.

El portero siguió con el gesto malhumorado:

—Sí, al quinto piso. Pero tendrán que dar la vuelta a la manzana. El montacargas cae a la otra calle. ¿O se había hecho la cuenta de entrar por aquí?

—Esa impertinencia sobra, amigo —respondió el del camión, con tal tono en la voz y energía en la mirada que el portero se apresuró a cambiar de actitud.

—Quiero decir... —balbució—. Les será fácil llegar al montacargas. El camión podrá acercarse hasta la misma cabina. Voy a abrir el patio.

El de la leña siguió mirándole con la misma dureza. Luego le volvió la espalda, se metió en el *baquet* y dio un portazo. Sentado al volante había otro hombre, mucho más grueso. En el momento de poner en marcha el camión, preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada. ¡Ese tipo!

En unos instantes se situaron en la otra calle. Uno de los portales tenía sus hojas de hierro abiertas. Allí les aguardaba el portero de antes. El camión maniobró enfilando el callejón del deslunado. Así que el vehículo entró, las puertas fueron cerradas.

El portero se acercó a los dos hombres que acababan de apearse del camión.

—Avísenme cuando terminen.

—Hay para rato, amigo —respondió secamente el más joven.

El empleado de la finca abrió la puerta del montacargas.

—Voy a llamar al piso —dijo, disponiéndose a marcharse.

—Da lo mismo —manifestó el más grueso—. Ya nos verán cuando entremos...

Subió a la cabina del camión, tocó una palanca y la carrocería comenzó a inclinarse. Sobre las baldosas del patio volcóse un torrente de pequeños troncos. Cada hombre cogió una pala y se puso a tirar madera al interior del montacargas. El portero permaneció unos momentos mirándoles y por fin se marchó, murmurando:

—Tienen para rato.

Y le hubiera parecido que la tarea iba aún para más tiempo de haber visto la táctica que empleaban. Tan pronto el portero desapareció, dejaron de apalear leña, se metieron en el montacargas y lo pusieron en movimiento. Al llegar al quinto piso, ya estaban esperándoles. Dos fornidos criados permanecían expectantes a dos pasos de la puerta de la cabina.

—¿Quién les ha dicho...? —empezó uno.

No pudo terminar la pregunta. En la penumbra del montacargas se encendió el brillo siniestro de dos pistolas. La voz del que momentos antes conducía el camión, la del hombre grueso, dejó de tener la pastosidad jovial con que antes sonó al dirigirse al portero. Restalló seca, perentoria:

—¡Joe! ¡Jarvis! ¡Poned los brazos en alto!

Obedecieron enseguida. El criado que se hallaba en segundo término, murmuró azogado:

—¡Nitker!

—Mantén en silencio tu sorpresa, Jarvis —atajó Hans, el hombre grueso—, si no queréis que sea verdad que os traemos «leña». ¿Quién hay más en la casa?

—Nadie.

—Tú verás si mientes, Joe.

Nitker avanzó, en tanto los otros, brazos en alto, retrocedían. El último en entrar en el piso fue Jesse Peyton, quien dejando en el suelo unos rollos de cuerda, procedió a cerrar la puerta. Momentos después, los cuatro hombres se hallaban en una amplia cocina. Rápidamente, los dos criados fueron maniatados por Jesse, siguiendo las indicaciones de Nitker. Éste, en tanto apuntaba con su pistola a Jarvis y a Joe, no apartaba la vista de la puerta que daba al pasillo. Una vez atados y amordazados. Hans fue a comprobar si las ligazas estaban hechas con la escrupulosidad que el caso requería. Nada rectificó de lo que había hecho Jesse.

—Espera aquí —dijo Nitker, dirigiéndose al periodista.

Se fue pasillo adelante. Cada vez que llegaba a una puerta, la abría y mirada dentro. El periodista permaneció observando su rechoncha figura, vestida con ropa pobre y sucia, deslizándose sobre los brillantes mosaicos. ¿Desde cuándo Hans Nitker no había vestido así? Una hora antes, en el momento en que Peyton y Hans terminaron su disfraz, este último soltó una risotada llena de satisfacción: «¡Me siento con veinte años menos y sin barriga!».

Nitker desapareció en una vuelta del pasillo. Transcurrieron varios minutos antes de que volviera a aparecer.

—Esto está claro —anunció, al asomar en el corredor—. Puedes venir...

Jesse acudió al lado de Nitker. Una vez juntos, cruzaron el comedor, de fastuoso mobiliario, una amplia sala y se detuvieron ante una gran puerta de caoba, que permanecía cerrada. Hans sacó de sus bolsillos un papel. Lo desplegó. Era un complicado croquis. Tras permanecer estudiándolo unos momentos, dijo:

—Esta puerta pertenece al despacho de nuestro «ilustre» candidato. ¿Quieres saber qué clase de acogida da O'Brien a los que no son de su agrado? No te muevas de ahí.

Hans cogió la manilla de bronce del picaporte y empujó la puerta. Ésta se abrió fácilmente, pero Nitker permaneció en su sitio, el cuerpo un palmo lejos del marco. Miró a su alrededor. Cogió una silla, y colocándose en el mismo lugar en que se hallaba antes, fue avanzándola lentamente hacia dentro del despacho.

—Fíjate, Peyton.

Apenas la hubo hecho traspasar el dintel, la soltó, dejando que las patas se posaran sobre el suelo. En el mismo instante se oyó un chasquido. Nitker retiró la silla.

—Mira.

Sobre el hule del asiento apenas si emergía un botón anacarado. Hans lo sujetó con dos dedos y tiró de él. Apareció una de las funestas agujas.

—Es una de las sucias jugadas de nuestro amigo —comentó, jocosamente, Hans—. Vamos a contestarla.

Retrocedieron al pasillo de antes y abrieron una de las puertas. Apareció un cuarto de baño. Nitker volvió a sacar el plano.

—Todo esto es muy ingenioso —comentó, irónico—. Solamente que a O'Brien se le pasó por alto dejar mudo y manco al que hizo la instalación. Tendrás que encaramarte a esa ventana, Peyton. Creo que yo no podría.

—¿Qué es lo que hay que hacer?

—Cortar ese cable, pero teniendo en cuenta que luego has de volver a empalmarlo. Mantén sujetos los extremos con un trozo de cuerda.

Se habían situado a los pies de una rica bañera y abierto una ventana. Jesse se dispuso a subir sobre el marco.

—No mires abajo —aconsejó Hans, temiendo que le diera vértigo—. Toma los alicates.

En tanto Jesse permaneció encaramado en la ventana, Nitker lo sostuvo de la cintura.

—Ya está —anunció el periodista—. El empalme será más difícil.

—No. Traigo pinzas adecuadas.

Así que Peyton hubo concluido, Hans le dijo:

—Ahora ve a dar un vistazo a la cocina. Te espero en el despacho. Si cuando llegues a la puerta estoy dentro vivo, pasa. De lo contrario, huye, porque será que algo ha fallado.

—Iré contigo —repuso Jesse.

—Quedamos en que me obedecerías —cortó Hans, con repentina sequedad—. Haz lo que te he dicho.

A regañadientes, obedeció Jesse. En la cocina encontró a Joe y Jarvis en la misma forma que los habían dejado. Tanteó sus ligaduras cerciorándose de que de momento nada había que temer. Casi corriendo se dirigió al despacho.

—Pasa —oyó decir a Hans—. El erizo ha plegado sus púas.

El despacho de O'Brien disponía tal vez de demasiados muebles. Frente a la normal mesa, había dos largos sofás y varios sillones formando distintos círculos.

—Aquí es donde O'Brien y sus amigos planean sus intrigas. Puede ocurrir que alguien sentado en cualquiera de esos sillones no sea del «agrado» del dueño de la casa. Entonces se abre la «gotera» que pueda darle en el centro del cráneo.

Nitker señaló el festoneado techo y la enorme lámpara que colgaba de él.

—En la dirección que mires hay una flecha apuntándote.

Se acercó a un pequeño cuadro que había colgado en la parecí junto a una estantería.

—Aquí detrás está la caja donde O'Brien guarda las chucherías que a nosotros nos interesan. Pero antes...

Fue a la mesa escritorio y abrió un cajón.

—Aquí está el conmutador combinado con los resortes de la caja. Como ya habrás podido darte cuenta, quien haya conseguido entrar en esta ciudadela no le será difícil encontrar la caja, apenas disimulada por el cuadro. Pero mal lo pasaría si no tuviera en cuenta tocar este conmutador. Ahora desde luego no existe peligro, porque hemos cortado el cable. Es el momento de preparar la jugarreta.

Sacó un pequeño destornillador y se puso a manipular con él dentro del cajón. Jesse se impacientaba.

—¿Por qué te entretienes con eso? ¿No dices que ya se puede abrir la caja?

Nitker sonrió, sin interrumpir su tarea.

—No te precipites —respondió, pausadamente, Hans—. Tenemos tiempo para todo.

Soltó una carcajada y enseguida añadió:

—Estoy preparando la devolución de una «jugada sucia». Y de

veras, Peyton. Hacía ya tiempo que no me sentía tan feliz.

Antes de que el llavín se introdujera en la cerradura, Nitker ya estaba preparado. La puerta fue empujada lentamente. Apareció un hombre alto, de cabello gris, elegantemente vestido. A través de unos lentes sin aro, sus grandes ojos grises se entornaron mirando al vestíbulo.

Nitker surgió de detrás de la puerta, con las dos manos introducidas en los bolsillos del viejo chaquetón.

—Pasa, O'Brien. Estás en tu casa.

—Si mucho me ha sorprendido tu llamada, no menos admiración me produce verte vestido así, Nitker —manifestó el recién llegado, con entonación afectada, erguida la figura, encastillado en una actitud ceremoniosa.

—¿Qué quieres? Las cosas me empujan al carnaval. ¿Vienes solo?

—¿No era eso lo que querías?

—Sí. Murphy y sus amigos se empeñan en que juguemos al escondite. Pero ¿no pasas?

O'Brien no parecía al principio muy decidido a entrar en su propia casa. Pero la actitud de Hans, quien persistía en mantener las manos metidas en los bolsillos del chaquetón, su ambigua sonrisa más la tenacidad con que lo miraba, le hicieron que se adentrara en el vestíbulo, cosa que Nitker aprovechó enseguida para dar un portazo.

—Vamos, Edwin —siguió Hans, procurando un tono conciliador—. Permíteme que me pegue a tu lado en tanto me llevas a la habitación que tú consideras más oportuna para charlar un rato. Nada de sorpresas ¿eh, Edwin? Créeme si te digo que tu casa me infunde respeto. Tal vez por eso no me he decidido en estos últimos tiempos a visitarte. Hay que ver cómo la vida va distanciando a seres que parecían muy ligados.

Uno junto al otro, entraron en la sala inmediata al despacho.

—¿Dónde me siento? —preguntó Hans.

En ese momento, O'Brien volvía la cabeza como si buscara algo. El otro lo advirtió enseguida.

—¿Buscas, a tus criados? Les he «recomendado» que no salieran de la cocina.

—¿Nada más... «recomendado»? —inquirió, incisivo, el dueño

de la casa.

—¡Vamos, Edwin! ¿A qué viene esa pregunta? Te aseguro que se hallan en la cocina en perfectas condiciones. Yo sólo he tratado de evitar que intervengan en nuestra conversación. A ti y a mí nos interesa que lo que hablemos ahora quede entre los dos. ¿Dónde me siento?

O'Brien indicó con un gesto uno de los sillones, Nitker hizo como que iba a sentarse, pero esperó a que lo hiciera primero el otro. Apenas el candidato a senador se hubo sentado, cuando se disponía a retrepase, Nitker dijo:

—Cambiemos de sitio. ¿Te parece bien? Yo en el tuyo y tú en el mío. Soy un poco supersticioso.

O'Brien, sin rechistar ni dar indicios de disgusto, hizo lo que el otro le indicaba.

—Perfectamente —exclamó Hans, tan pronto se acomodó en el nuevo sillón—. Creo que debemos pasar directamente al asunto. El tiempo y el cegato Murphy apremian. ¿Recuerdas, Edwin, cuando le discutimos a tiro limpio nuestro primer alijo? Los tres, cada uno en lo suyo, éramos unos novatos. Hoy ya no obraríamos así, ¿verdad, Edwin? Ambos somos experimentados en los trucos de la trastienda. La verdad es que de los tres, sólo el pobre Murphy se ha quedado a más de la mitad del camino. Lo siento de veras. Ahora, cuando resultes elegido, deberías echarle una mano. ¿Lo harás, Edwin?

—Di para qué me has llamado, Nitker —respondió engoladamente el otro.

—Tienes razón. Sin darme cuenta me aparto de lo que en realidad nos interesa. ¡Hacía tanto que los tres no nos tratábamos! Y de pronto, casi en una misma hora hablo con Murphy y contigo...

—¿Ya te has visto con Murphy? —preguntó, con interés O'Brien.

—¡Oh, sí! Hace un rato.

—Pero ¿no me has dicho que te busca?

—Naturalmente. Y el caso es que no llego a comprender a qué obedece esta broma. Me acusa de que gente mía... Bob, el fotógrafo Berg Stevens y no sé cuántos más, han intervenido en un feo asunto. Eso, en realidad, a mí no me preocupa. Tú más que todos puedes comprenderlo. Ni Bob ni nadie de los que Murphy ha nombrado, han trabajado nunca conmigo. Eso se encargará de demostrarlo Swanson, que ha acudido a mi disgustado con cierto círculo

político. A propósito, ¿no fue un tiempo uno de tus secretarios?

Los ojos de O'Brien parpadearon unos instantes, pero el resto del rostro siguió inmutable.

—¡Habla claro, Nitker! En toda la mañana no ha aparecido Swanson por mi secretaría. ¿Qué has hecho de él?

—No te alarmes, Edwin. Puedes estar seguro de que se encuentra en perfectas condiciones. Me guardaré yo muy bien de perjudicar a un hombre tan inteligente. Y gran conversador, puedes creerlo. Me he pasado más de una hora escuchándole, sin darme tiempo a que yo tomara la palabra. ¡Vaya! A poco que las cosas le vengan de cara, ese chico hará carrera.

O'Brien, acaso porque si seguía sentado no hubiera podido proseguir en su actitud de estudiada impasibilidad, intentó levantarse, pero Hans se lo impidió.

—No te levantes todavía, Edwin. Voy a comunicarte lo más importante. Bueno, en realidad tú ya seguramente lo conoces... Si yo tengo quien me informe de lo que ocurre en ese sitio, tú también lo tienes. Se trata de la campaña qué el rabioso McPerry va a iniciar contra nosotros. A mí particularmente, me afecta poco. Si quieres que te diga la verdad, ese interés casi me gusta. Hacía ya tiempo que mi nombre estaba olvidado. Pero claro, tú ya no te encuentras en la misma situación. En nada pueden beneficiarte los viejos recuerdos, sobre todo los que se refieren a tu trato con un tipo como yo, y encima como quien dice de las elecciones. Te puede perjudicar, ¿no es cierto? Aunque emplees a fondo tu pesado «martillo» contra McPerry.

Otra vez O'Brien parpadeó aceleradamente.

—¿Qué martillo?

—¿Cuál ha de ser? El que esclarece el «accidente» de tu antecesor Blyton. ¡Vaya, la que vas a armar!

De nuevo sintió, deseos de levantarse O'Brien, pero recelando que el otro no le dejaría, se retrepó más y estiró las piernas. Entornó los ojos, y el gris de sus pupilas adquirió un brillo fuerte, hiriente.

—Sigues tan avisado como siempre. Nitker.

—¿Es un elogio?

—Desde luego. Tu facultad para penetrar en las intenciones de los demás continúa siendo extraordinaria. Eres admirable, mi viejo Hans. ¿Y qué vienes a proponerme? Porque es indudable que tú ya

tienes formado un plan. Desde luego, lo que me has dicho de ese bicho de McPerry lo sabía. He leído la prueba de algunos de los textos. ¡Buenos nos pones! ¿Qué crees que debo hacer?

—¡Adelantarte a él! —contestó vivamente Hans—. Los periódicos de McPerry no saldrán hasta mañana por la mañana. Toda la prensa de los Estados Unidos que aparezca esta tarde, puede hacerlo mostrando ya tu dedo acusador. ¿Es de veras que posees ese documento?

Edwin le miró fijamente:

—¿Acaso no lo sabes ya?

Antes de que Hans tuviera tiempo de responder, llamaron a la puerta. Los dos hombres se pusieron de pie al mismo tiempo.

—¿Quién supones...? —empezó a preguntar Nitker, con las manos metidas en los bolsillos.

—No sé.

Los golpes sonaban por momentos con mayor energía. Hans volvió a pegarse al lado de O'Brien, y sigilosamente echaron a andar hacia el vestíbulo. Apenas llegados a él, se oyó afuera la voz del inspector Murphy.

—¡O'Brien! ¡Sabemos que está ahí! ¡Y también Nitker! ¡Abran!

Hans y Edwin se miraron.

—Eres tú quien le ha dicho a Murphy que viniera —masculló Nitker—. Pero te equivocas si esperas de mí una tontería. ¡Abre!

—¡Hans! ¡Yo te aseguro!

—¡Abre!

O'Brien, simulando hallarse nervioso, descorrió el cerrojo. Luego le dio la vuelta a la llave. La puerta se abrió de golpe y una tromba de agentes invadió el vestíbulo.

—¡Levanten las manos! —gritó Murphy, manteniendo con la izquierda una pistola.

O'Brien obedeció enseguida, en tanto Hans siguió con las manos en los bolsillos.

—¡Nitker! ¿Me ha oído? No intente ninguna tontería. Detrás de usted hay dos armas apuntándole.

—Pero ¿qué es lo que quiere? ¿Qué levante los brazos? Eso está enseguida —respondió jocosamente el aludido. Y apenas lo hubo hecho, agregó—: ¿No comprende, Murphy, que si hubiera querido «baile», la puerta seguiría cerrada?

Pero el inspector no le escuchó. Con aquellos nuevos lentes su cara parecía otra. Apenas Hans hubo sacado las manos de sus bolsillos, Murphy hizo un leve gesto y dos agentes se precipitaron a registrar a Nitker. Únicamente le encontraron un pañuelo y un paquete de cigarrillos.

—¡Qué candidez! —rió Hans—. ¿No le he dicho esta mañana cuáles son mis armas? Aunque ahora no llevo ni un mal centavo.

El que Hans estuviese desarmado, pareció irritar a O'Brien.

—¿He de permanecer mucho tiempo así, Murphy? —preguntó autoritariamente el candidato a senador.

—Baje los brazos cuando quiera —contestó el policía.

O'Brien no había sido cacheado y esto no pasó desapercibido a Hans.

—No te quejarás, Edwin. A estas alturas tú resultas más solvente que yo. Tal vez lo haga la ropa.

—Y algo más, Nitker —repuso el policía, súbitamente animado—. El inspector Murphy es tan amable que ha accedido a custodiar mi casa, apenas le he indicado que te encontrabas aquí.

—¡Bravo, Murphy! —interrumpió Hans, en tono marcadamente burlón—. Un favor como ése al futuro senador, es asegurarse un ascenso.

Los ojillos del policía se redujeron todavía más afilando una mirada contra Nitker.

—El inspector Murphy —se apresuró a añadir O'Brien, procurando parodiar el tono de Hans— me aconsejó que viniera solo, por si conseguía averiguar tus intenciones.

—¿Y lo has logrado? —preguntó Nitker.

—Hum... Me parece que se han visto demasiado claras. Cuando usted quiera, inspector, pasaremos a, comprobarlo.

—Espere un momento —contestó el policía. Y volviéndose a mirar a Hans, preguntó—: ¿Dónde está Peyton?

—Aquí —respondió Jesse, apareciendo por el corredor que comunicaba con las habitaciones interiores.

—¿Qué hacía usted allí dentro?

—Dando conversación a los criados del señor O'Brien. Comprendí que estarían aburridos. La plática entre Nitker y este señor ha durado más de lo que esperábamos.

Murphy soltó un pequeño gruñido e hizo una seña a dos de sus

agentes, quienes inmediatamente se marcharon corredor adentro. Todos los demás trasladáronse a la sala que precedía a la biblioteca.

O'Brien y el inspector marchaban delante. A continuación, Jesse. Luego, Hans, con un policía a cada lado.

Al llegar a la puerta del despacho, el policía se dispuso a abrirla. Edwin se precipitó a cogerle.

—Espere, Murphy. El picaporte no funciona bien.

Él mismo pareció darse cuenta de que había puesto demasiado calor para advertir una cosa de tan poca importancia. No pensaban lo mismo Jesse y Nitker. Si O'Brien hubiese tardado unos segundos en detener al inspector, la cosa ya no hubiera tenido remedio.

—Vamos a ver —dijo Edwin, cogiendo el mango del picaporte y procurando una entonación despreocupada.

Pero se notaba que el interés que acababa de poner en su advertencia no era tan superficial como ahora quería demostrar. Hizo dos o tres movimientos con la manilla y abrió. Antes de decidirse a pasar por debajo del dintel, estuvo observando detenidamente la situación del despacho. Desde el punto en que se hallaba Hans, no pudo saber si el rostro de Edwin mostraba conformidad o vaga sospecha.

—Convendría que sólo entráramos usted y yo, Murphy.

—Como usted quiera.

O'Brien fue directo a la mesa escritorio. Inmediatamente abrió un cajón e introdujo en él una mano. Enseguida lo cerró.

—¡Vaya! Buscaba aquí unas llaves y resulta que las llevo encima.

El inspector no pareció reparar en lo que decía, abstraído en observar las paredes, de las que colgaban magníficos cuadros y tapices. En tanto, O'Brien iba de un lado a otro, se detenía, removía unos libros en la biblioteca, corregía la posición de algún mueble... Y de pronto:

—¡Inspector! ¡Nitker ha entrado aquí! —gritó con voz destemplada.

—¿Y por qué yo precisamente? —inquirió Hans, intentando avanzar.

—¡Quieto! —le ordenó uno de los policías que tenía a un lado.

Nitker no se movió. O'Brien miraba en dirección a la puerta, cerca de la cual se hallaba situado Hans. Sus ojos brillaban

desorbitándose, prontos a saltar contra la impedimenta de los lentes.

Y rápido, volvió la cabeza hacia el cuadro que ocultaba la caja. Se dirigió corriendo hacia aquel sitio, pero un paso antes de llegar, se detuvo. Se volvió sonriendo:

—Tal vez esté equivocado —dijo.

Regresó a donde estaba la mesa y se quedó con las manos apoyadas sobre el tablero. Luego, como si más que registrar quisiese calmar los nervios haciendo algo, se puso a abrir y cerrar cajones. Únicamente al llegar al cajón que había abierto apenas entrar, metió la mano. En aquel momento, las negras pupilas de Nitker adquirieron un brillo intensísimo.

Murphy permanecía inmóvil, a unos cuantos pasos de la mesa, esperando que O'Brien diera una opinión concreta. Éste volvió a encaminarse hacia el sitio de la caja, pero ahora sin correr. Apartó el cuadro, y apareció un brillante círculo de acero, con varios botones. El inspector, sintiéndose intrigado, empezó a andar en aquella dirección. El silencio era absoluto y todos permanecían con la vista fija en lo que realizaba O'Brien. Éste acababa de tocar los diales de la caja, cuando de pronto Peyton, que se hallaba en el umbral del despacho, se arrancó con gran ímpetu y antes de que nadie pudiera impedirlo, cayó encima del inspector. Los dos rodaron por el suelo.

O'Brien, al sonar los precipitados pasos, volvió la cabeza, sin soltar los diales. Inopinadamente, lanzó un grito escalofriante y sus piernas se doblaron. Una de sus manos se agarró a un borde del cuadro y éste se desprendió.

O'Brien quedó de rodillas, de cara a la pared, e instantes después, su tronco se inclinó a un lado.

Durante unos segundos, la sorpresa mantuvo a todos inmóviles. Peyton y Murphy todavía permanecían en el suelo. Vinieron los otros agentes. Antes de que nadie pudiera reaccionar, Nitker gritó:

—¡No se mueva nadie! ¡Murphy! ¡Ordénelo usted! ¡Esta habitación está llena de peligros!

El inspector, medio incorporado, miró en la dirección en que estaba el cadáver de O'Brien. Tres agujas le atravesaban la espalda. Había otras dos clavadas unos centímetros en la pared, a la altura en que momentos antes el muerto tuvo el cuello. Los silenciosos,

proyectiles habían surgido de la pared de en frente, por los orificios perfectamente disimulados que había en las molduras de un cuadro. Murphy debió darse cuenta enseguida de la situación, porque apenas hubo hablado Nitker, el inspector hizo un gesto a sus agentes para que se retiraran. Momentos después, lo hacían Peyton y Murphy.

Ya en la sala, el inspector se quitó los lentes. Uno de los cristales estaba roto.

—¡Bueno! Se han empeñado ustedes en que no les vea —gruñó el policía.

—Lo siento, inspector —contestó el periodista—. Pero no he encontrado más salida que echarme encima de usted.

—¿Cómo supo lo que iba a ocurrir? —inquirió el otro, calándose los lentes y esforzando los ojos para escrutarle bien.

—De O'Brien se podía esperar todo —se apresuró a decir Nitker—. Seguramente Peyton empezó a sospechar cuando vio que O'Brien le impedía a usted abrir la puerta del despacho.

—Sí. Tenía noticias de que su despacho era peligroso —manifestó el periodista—, y cuando le vi tantos preparativos, tocando aquí y allá, comprendí que todas esas maniobras sólo tendían a poner el seguro a algún peligro que nos apuntaba, pero que contra ustedes no se atrevía a desencadenar.

—La trampa de la caja debía de estar preparada para mí —dijo Nitker—. Él sospechaba que mi visita obedecía al deseo de escudriñar su contenido. En eso acertó Edwin. Vine a que me enseñara los dichosos documentos y ver si combinábamos nuestro contraataque. ¡Es lástima que Edwin desconfiara de mí y prefiriera la alianza de ustedes! Parece que los años despierten en uno amor por la legalidad. Yo también siento esa tendencia.

—Lo demuestra poco, Nitker —repuso secamente el inspector—. Lo de esta mañana...

Hans rompió a reír:

—¿Ve usted? Al tener noticias de lo que McPerry preparaba contra mí, me puse nervioso. Quise jugar sucio. Y he fracasado. La culpa es de mi tendencia a la legalidad, sin yo casi darme cuenta. Usted tal vez recuerde a *alguien* de otros tiempos que no hubiera fracasado. Siento lo ocurrido a Edwin. Ahora me deja solo para enfrentarme con el antipático viejo.

—Y con alguien más, Nitker. Tendrá usted que responder a muchas preguntas.

—No me será ninguna molestia responderle... Porque, a pesar de todo, para mí es una gran satisfacción que nos encontremos de nuevo.

El inspector permaneció unos momentos pensativo. Inmediatamente, se encaminó hacia las habitaciones interiores. Momentos después, regresaba. Al mirar en torno, preguntó:

—¿Dónde está Peyton?

—Pero ¿cómo? ¿Se ha marchado sin saberlo usted? ¡A que resulta que el único que sabe burlarles es el periodista! A mí me ha dicho que se iba al periódico. No sé qué planeaba contra las rotativas. Me temo que Richmond va a quedar con un periódico menos durante unos días.

—Déjese de tonterías, Nitker. Si Peyton se acerca al periódico, será detenido. Pero estoy seguro de que no lo hará. Sabe lo que le espera allí.

—Yo no aseguraría tanto, Murphy. Sospecho que ese joven nos puede dar lecciones a los dos... más bien, a los tres —dijo mirando en dirección al despacho—. ¡Pobre Edwin! Debe de haberle fallado algún resorte. Aunque la culpa de caer en la propia trampa yo creo que está en haber querido jugar de las dos maneras. Y eso no puede ser. Se es fullero, o no... ¿No lo cree usted así, Murphy?

Como muy bien dijo el inspector, Peyton no apareció por el periódico. Hasta bien entrada la noche, nadie tuvo noticias de Jesse. Fue Gina quien primero las obtuvo, al dirigirse a la biblioteca y hallar la puerta cerrada por dentro. Llamó, extrañada, y se sintió no menos sorprendida al oír la voz de Peyton, respondiendo alegremente:

—Va enseguida, señorita McPerry.

Efectivamente, la puerta se abrió y apareció Jesse, despeinado, con señales de fatiga en el rostro, vestido todavía de la manera que se presentó en el domicilio de O'Brien, pero irradiando todo él una gran satisfacción.

—Entre... Tengo una buena noticia que darle. He encontrado dos fotos que demuestran que Devoe no se hallaba en la ruta del senador Blyton, en el momento de ocurrir el accidente. Temí haberme equivocado, pero este hallazgo me confirma en mi idea del

principio. Si es preciso, el general Oursler podrá ampliar detalles. Aunque lo mejor será... ¿Su padre está en casa?

Gina no pareció oírle. Desde el primer momento había estado mirándole tenazmente, como si quisiera retener en todos los detalles su imagen. Peyton se encontró de pronto absorbido por aquellos preciosos ojos azules.

—Le he preguntado si su padre está en casa.

—Sí. Hace un rato que ha llegado. ¡Jesse! ¿Desde cuándo está usted aquí?

—¡Oh! Desde hace unas horas. No he querido avisar para que no me estorbaran. Tenía mucho trabajo.

Se volvió, para indicar la enorme montaña de revistas que había sobre la mesa.

—¿Entonces, usted ignora...? —empezó a preguntar Gina, con ansiedad.

—¿Qué?

—La policía le busca.

—¡Bah! Ahora mismo iba a presentarme.

Ella se mostró muy alarmada.

—No lo haga, Jesse. Por lo menos en tanto no pase la avalancha de detenciones que se están efectuando. El inspector Murphy cree que usted estuvo en el domicilio de O'Brien.

—Y es verdad.

—Pero O'Brien ha muerto... y han desaparecido los documentos.

—Los documentos —murmuró Peyton—. ¿Le preocupan mucho? Gina permaneció pensativa.

—No —dijo serenamente—. Por lo menos, no de la forma que antes. Me preocupan las cuestiones que se van a suscitar, pero en lo que respecta a mi padre, estoy más convencida que nunca de que es inocente. He tenido una clara conversación con él. Tardó en recordar la carta que dirigió a Devoe. Fue como ya supuse, el producto de un momento de exasperación. Devoe parece que le gastó la humorada de mandarle una crónica en que hacía una apología de Blyton, con motivo de su visita al frente, y a eso se debió la lamentable réplica de mi padre. Por otro lado, ni yo ni mi padre creemos que Devoe pensase desde un principio aprovechar esta circunstancia.

—Es lo más probable. Al cesar los estallidos de la guerra, fue

cuando John advirtió que su cerebro estaba enfermo. A propósito, en el octavo tomo de la enciclopedia están las dos cartas. Es un regalo, de Nitker.

Los ojos de Gina relucieron llenos de gozo y agradecimiento.

—¡El admirable Hans! —exclamó la joven—. ¡Gracias también a usted, Peyton! ¡Cuánto celebro que usted y Nitker hayan congeniado!

Se quedaron los dos mirándose a lo más hondo de los ojos. La hija de McPerry pareció turbarse.

—Voy a llamar a mi padre. ¿No era eso lo que usted quería?

—Ya no es menester, puesto que usted sabe dónde se encuentran las cartas.

Hubo otra pausa. Jesse parecía que iba a decir algo, pero desistió.

—Bueno. Voy a ver qué quiere Murphy.

—Peyton, ¿sería usted capaz de volver a nuestro periódico?

—¡Hum! ¿Se refiere al de Nueva York?

—Sí. Mi padre tiene el propósito de no ocuparse de él.

Los ojos de Jesse relumbraron.

—¿Sabe que vale la pena pensarlo? Dígame que usted estará allí, y acepto.

—Si sólo es eso, puede usted aceptar.

—En ese caso, cuando me enfrente con Mirtha Day...

Y ahora que parecía dispuesto a decir sin mucha dificultad lo que momentos antes le resultaba imposible, la puerta se abrió.

—¡Peyton! Le he oído desde fuera. Vengo a decirle que Murphy acaba de telefonar.

Era el padre de Gina. Un viejo McPerry transformado en un ser más lleno de vitalidad. Hasta reía.

—Murphy me ha encargado que si lo veo le diga de su parte que se presente en la Jefatura Superior de Policía y pregunte por él. Ha insistido en que le subraye que no tenga ningún recelo, que os para una cuestión de trámite. Tal vez mañana Nitker ya esté en libertad. ¿Qué piensa usted hacer?

—Presentarse —respondió Gina—. Iba ya a hacerlo cuando tú has entrado. Yo misma le llevaré en el coche. ¿Listos, Jesse?

—Vamos a ver al quisquilloso Murphy —contestó el periodista, con tanta alegría que cualquier hubiese dicho que se dirigía a una

fiesta—. Es seguro que me reprochará sus lentes rotos.

El viejo McPerry acompañó a los dos jóvenes hasta el salón inmediato al vestíbulo. En el trayecto reparó en la indumentaria sucia y rota de Jesse. Tentado estuvo varias veces de ofrecerle uno de sus trajes.

En mitad de la sala, el viejo se detuvo y un poco azorado, le tendió una mano:

—Bueno, Peyton. Tan pronto termine con Murphy espero que volverá aquí. Desearía hablar con usted.

—De acuerdo —respondió Jesse, casi sin darse cuenta de lo que hacía, enajenado ante la perspectiva de que Gina le acompañara.

McPerry esperó a que los jóvenes desaparecieran. Luego se acercó a un teléfono próximo. Momentos después, obtenía conexión con el «Amplifier News», de Nueva York.

—¿Reynolds? Sí. Lo que le han dicho es cierto. Toda información sobre Hans Nitker debe suspenderse. El original contiene *enormes errores*.

Y después de mirar hacia la puerta por dónde acababan de salir Gina y Peyton, añadió:

—En plan confidencial, Reynolds. Anticipo una noticia que espero poder confirmarle esta misma noche. Les va a caer un nuevo director, y ése sí será del agrado de todos ustedes. Se trata de alguien que odia las caras avinagradas. Tengo esperanzas de que acepte el cargo, si acierto a sonreír. Y en último caso, *alguien* se encargará de sonreír por mí... ¡Hasta luego Reynolds!

FIN

Un puñado de diamantes en una mano ensangrenada...



...ésta fué una de las pistolas que condujeron a la reducción de aquel caso, uno de los más enigmáticos que registra la historia del F. B. I.

RED HARTLAND

famoso investigador de Chicago, especialista en joyas, que fué consultado a raíz de aquella extraña cadena de crímenes narra sus incidencias en la magnífica novela

TRAFICO EN DIAMANTES

uno de los relatos más apasionantes y completos que pueda usted leer. Una aventura que electrizará sus nervios y le dejará absorto en las más profundas y encontradas emociones.

¡No deje usted de adquirir

TRAFICO EN DIAMANTES

próximo número de la triunfante
colección

SERVICIO SECRETO!

CONSERVE ESTE EJEMPLAR

SI ESTE NÚMERO COINCIDE CON EL PRIMER PREMIO DEL SORTEO DE LA LOTERÍA NACIONAL QUE CORRESPONDE CELEBRAR EN MADRID EL DÍA 5 DE SEPTIEMBRE DE 1952, RECIBIRÁ USTED LA CANTIDAD DE:

Nº 101334

250 PESETAS EN EFECTIVO

para la cual bastará presentar este volumen completo en nuestras oficinas: Editorial BRUGUERA - Proyecto, 2 - Barcelona, o si se reside en otras localidades enviarlo por correo certificado, el cual ejemplar le será devuelto, remitiéndole al propio tiempo el importe del premio por Giro Postal.

En el caso de que el número premiado en el Sorteo de la Lotería Nacional tenga cinco cifras, recibirán el premio no sólo los poseedores del mismo número, sino también, aquellos cuyas cuatro últimas cifras, coincidan con las de dicho número premiado. (Ejemplo: Si el número agraciado en la lotería es el 13.435, resultarán favorecidos los lectores que tengan los volúmenes con los números 13.435 y 3.435).

Los volúmenes premiados que no hayan sido presentados en el término de sesenta días a partir de la fecha del sorteo, se considerarán caducados.

Si excepcionalmente, por un error de imprenta, se repitiese varias veces un mismo número en nuestros ejemplares, y éste resultase favorecido, se entregará el importe del premio a quien primero presente uno de dichos ejemplares.

El importe de los premios que, por cualquier causa, no hayan sido satisfechos, se acumulará con destino a un sorteo extraordinario, cuyas condiciones serán oportunamente anunciadas.

NO LO OLVIDE. Cada una de nuestras colecciones, Pimpinela, Madreperla, Rosaura, Amapola, Servicio Secreto y Bisonte, obsequiará todas las semanas a sus lectores con premios de 250 pts.

¡Más de 6.000 pts. mensuales en premios!

Últimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



**COLECCION
PIMPINELA**

- Núm. 294 - Mario Teresa Saxe
 ■ EL HOMBRE DE LAS CAVERNAS
 Núm. 295 - María Adela Durango
 ■ LA ADVENEDIZA
 Núm. 296 - Concepción Medina
 ○ ALMAS QUE SE ENCUENTRAN
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
ROSAURA**

- Núm. 134 - César de Montreüy
 ■ TODA LA VIDA
 Núm. 135 - Bárbara Sanromán
 ■ UNA MUJER CON PASADO
 Núm. 136 - Pilar G. Rúa
 ○ AQUEL ODIADO TUTOR
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
BIONTE**

- Núm. 235 - Orland Garr
 ■ EL CAZADOR DE LA FRONTERA
 Núm. 236 - Tex Taylor
 ■ ODIO, AMOR Y PLOMO
 Núm. 237 - Raf Segrant
 ○ EL RANCHO EMBRUJADO
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
SERVICIO SECRETO**

- Núm. 99 - Francis Rod
 ■ CONVICTO DE TRAICION
 Núm. 100 - A. Rolcest
 ■ CRIMEN EN EL SUBWAY
 Núm. 101 - Rod Halland
 ○ TRAFICO EN DIAMANTES
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
MADREPERLA**

- Núm. 190 - Mercedes Muntó
 ■ REFUGIO DE AMOR
 Núm. 191 - Sergio Duval
 ■ LA MASCARA DE YESO
 Núm. 192 - Georgia Renn
 ○ SEIS BESOS
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
AMAPOLA**

- Núm. 20 - María Teresa Albó
 ■ UN PAR DE EMBUSTEROS
 Núm. 21 - May Carré
 ■ PITY
 Núm. 22 - L. Masota
 ○ DOS ALMAS DE MUJER
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
IRIS**

- Núm. 9 - Arnaldo Visconti
 ■ PERLAS Y TIBURONES
 Núm. 10 - Arnaldo Visconti
 ■ ESPUELAS FANFARRONAS
 Núm. 11 - Arnaldo Visconti
 ○ LOS CABALLEROS DE ALABAMA
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
AUTORES FAMOSOS**

- Núm. 38 - Zane Grey
 ■ LA LLAMADA DEL CAÑON
 Núm. 39 - William Macleod Raine
 ■ GANGSTERS DE LA PRADERA
 Núm. 40 - Lynn Westland
 ○ SANGRE EN LA HIERBA
 APARICION BIMENSUAL. PRECIO 10 PTAS.

Volúmenes fácilmente reconocidos

O Volúmenes de próxima aparición

Precio 5 ptas.



